

San Agustín. María, *stella in nocte*

RESUMEN

El presente artículo aborda el estudio de algunos puntos centrales de la mariología agustiniana: la maternidad divina, la virginidad perpetua, la inmaculada concepción, las virtudes marianas... Ahonda también en la conexión que San Agustín establece entre María y la Iglesia, la salvación, Jesucristo y San José. Concluye que la Virgen María es, sin duda, una de las figuras preferidas del Santo Obispo de Hipona. Ella es la estrella en medio de la noche.

PALABRAS CLAVE: Dogmas, espiritualidad, Iglesia, estrella, Eva, salvación, Cristo y San José.

ABSTRACT

This article deals with the study of some central points of Augustinian mariology: divine motherhood, perpetual virginity, immaculate conception, Marian virtues ... Delve into the connection that St. Augustine establishes between Mary and the Church, salvation, Jesus Christ and San José. It concludes that the Virgin Mary is undoubtedly one of the favorite figures of the Holy Bishop of Hippo. She is the star in the middle of the night.

KEY WORDS: Dogmas, spirituality, Church, star, Eve, salvation, Christ and Saint Joseph.

1. INTRODUCCIÓN. SAN AGUSTÍN Y LOS DOGMAS MARIANOS

Agustín muere sin que ninguno de los cuatro dogmas mariológicos haya sido explícitamente declarado. No obstante ha in-

fluido, y mucho, en el desarrollo de la mariología, pues ha sido necesario tener en cuenta su palabra para que las verdades marianas vinieran a ser explícitas. Con una mirada cercana y minuciosa se adquiere aun mayor conciencia de su influjo¹. Es más que conocido que él se esfuerza siempre y denodadamente por hacerse entender de sus interlocutores, y por buscar siempre la comunión (también la doctrinal) con la *Catholica*. En su época el quehacer teológico estaba más centrado en los temas trinitarios, cristológicos y soteriológicos; en este sentido Agustín, cuando mira a María, la ve intrínsecamente asociada a Dios, a su Hijo, a la salvación que se nos da en la Iglesia... Todo su discurso mariológico está asentado en la Sagrada Escritura².

Agustín defiende la singularidad de María, ya que la Virgen ocupa un lugar destacado, único y supereminente en la historia de la salvación. A modo de recordatorio, recordemos que el dogma mariano matriz es el de la maternidad divina, proclamado el día 22 de junio del año 431 en el Concilio de Éfeso. Aquí se declara que María es *Theotokos*, más allá de la defensa reductiva de Nestorio, para el cual la Virgen sólo era *Christotokos* y *Anthropotokos*. Agustín estuvo invitado a asistir a este concilio, pero por razones obvias —murió en el año 430— su presencia física no fue posible.

El segundo dogma mariológico es el de la virginidad perpetua de la Madre de Dios, lo cual significa que fue virgen antes del parto, en el parto y también después del parto. Dicha realidad dogmática ya era tenida como verdadera, como creída y como testimoniada en la vida de la misma Virgen. El magisterio la afirma en el Sínodo Romano del año 649, el cual se co-

1 JUAN MANUEL OLANDÍA IZQUIERDO, *La Virgen María o la dignidad de la mujer*, Ed. Federación Agustiniiana Española, Madrid 2004, p. 3.

2 Agustín se acerca a María, a la mujer del Génesis 3,15, a la que al principio de los tiempos se le anuncia una victoria final. Es la mujer de la plenitud de los tiempos de Gálatas 4,4, por medio de la cual Dios envía a su Hijo Jesucristo para salvar al mundo. A ella la mira Agustín, y en ella se inspira para decir a sus fieles qué significa ser hijos de Dios, al mismo tiempo que miembros integrantes y constructores de la Iglesia. Ella es paradigma de la vocación trascendente de todos nosotros (Cf. JUAN MANUEL OLANDÍA IZQUIERDO, *La Virgen María o la dignidad de la mujer*, Ed. Federación Agustiniiana Española, Madrid 2004, p. 6.). María posee una relación filial con Dios; es —al mismo tiempo— nuestra madre, que nos capacita para relacionarnos con Dios a través de ella (Cf. JUAN MANUEL OLANDÍA IZQUIERDO, *La Virgen María o la dignidad de la mujer*, Ed. Federación Agustiniiana Española, Madrid 2004, p. 7).

noce también con el nombre de Concilio Lateranense del 649. El Papa Martín I, con la autoridad pontificia y apostólica que le era propia, asegura que para estar en plena comunión con la Iglesia es preciso confesar la perpetua virginidad de María. Agustín defiende, en *La catequesis a los principiantes*, que María fue «*Virgen al concebir, virgen al parir, virgen cuando murió*»³.

El tercer dogma mariano —cuya fiesta en España queda muy cercana a la fecha del homenaje que los españoles tributamos a la Constitución Española— es que reconoce la Inmaculada Concepción de María. La solemne proclamación de este dogma tuvo lugar el 8 de diciembre de 1854. Pío IX, en la bula *Ineffabilis Deus*, afirmaba lo siguiente: «*Para honra de la Santísima Trinidad, para la alegría de la Iglesia católica, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, con la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra: Definimos, afirmamos y pronunciamos que la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción, por singular privilegio y gracia de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo-Jesús, Salvador del género humano, ha sido revelada por Dios y por tanto debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles*». Está inspirado y fundamentado en la defensa que muchos *Patres Ecclesiae* hicieron de la total santidad de María. Nuestro autor —Agustín de Hipona— afirmaba que tratando de cuestiones de pecado, no quería que se mencionara a la Virgen María, por el honor del Señor⁴. Y es que, en razón de los méritos redentores de Cristo, María —preventivamente— fue inmune de toda mancha de pecado original. Si esto se pensaba y se defendía en los ambientes patrísticos, queda refrendado conciliarmente en el tridentino, el cual excluye a María en cuestiones de pecado de origen.

Finalmente, el cuarto y último dogma mariano declarado y proclamado explícitamente, es el de la Asunción de María. Fue Pío XII el encargado de hacerlo el día 1 de noviembre del año 1950. El contenido doctrinal del dogma queda intrínsecamente asociado a los privilegios mariológicos derivados de la redención crística. Hay que tener en cuenta aquí la aplicación anticipada de la redención de Cristo a su madre, la Virgen María. Cristo es el redentor de todos los hombres, y por ello es el redentor

3 Cat. rud. 22,40.

4 Cf. nat. et gr. 36,42.

universal. Los salvados por Él entran en el Reino de los cielos, íntegramente, es decir en cuerpo y alma. Esto ya se ha cumplido completamente en la Virgen María, y ésta es la columna vertebradora del cuarto dogma mariológico. En este sentido, la dogmática católica no se mete a decir si la Virgen María murió o no murió. La teología católica ha sido cuidadosa y exacta al formular que, al mismo tiempo, María tuvo una concepción inmaculada y fue asumpta a los cielos en cuerpo y alma, fruto final de la redención universal de Jesucristo⁵.

A. *Maternidad divina*

Hablar de la maternidad divina lleva a pensar que una criatura ha podido concebir en su seno nada menos que al Creador: «*creatus est de ea quam creavit*»⁶. Dios y María tienen una relación del todo única y singular. Dios primero la crea mujer, y después la elige por Madre, como nos dice Agustín en el *sermón 184*⁷. ¡Misterio admirable, el mariano y el crístico! Prodigio insuperable. Dios quiere que su Hijo único nazca de una mujer. Este deseo pertenece a la propia voluntad divina. El Espíritu Santo es el que cubre a María, y el que lo forma en su seno. La Virgen María es la Madre de Dios, y permite que el Verbo nazca de una mujer. No hay temor a contaminarse por el pecado de la primera mujer. Jesús, el Cristo, nace hombre y nace de una mujer. He aquí un signo de la bondad del género humano, salido y gestado en las manos bondadosas de nuestro Padre Dios. Ambos géneros, masculino y femenino, tienen dignidad. Agustín advierte en el *sermón 51* que la finalidad de que el Señor Jesucristo se haga hombre, naciendo de una mujer, es la salvación del hombre y de la mujer⁸. Reconocer a María como

5 En Agustín se ve cómo para enseñarnos verdades sobre Jesucristo, Dios nos las comunica a través de la figura de María. En él lo revelacional está antes que lo devocional; de este modo la devoción agustiniana se orienta hacia la verdad para encontrarla y para ser enriquecida por ella. La mariología agustiniana -nos lo dice un experto en ella- es más doctrinal que devocional. Al mismo tiempo hay que saber que la mayor parte de las referencias que Agustín hace de María, son siempre en relación a Cristo (Cf. JUAN MANUEL OLANDÍA IZQUIERDO, *La Virgen María o la dignidad de la mujer*, Ed. Federación Agustiniana Española, Madrid 2004, pp. 4 y 5). Y es que Agustín tiene en su *background* teológico la unidad existente entre la madre y el hijo.

6 Ser. 189,2.

7 Cf. ser. 184,3,3.

8 Cf. ser. 51,3.

Madre de Dios significa, automáticamente, advertir la gran valía de la masculinidad y de la feminidad. Es mucho que Jesús, con verdadero cuerpo por haber nacido verdaderamente de mujer, haya venido a liberar a los hombres (varón y hembra); aun mayor es el haber contado con ellos (varón y hembra) para realizar la liberación. Y es que Jesús nació varón, y nació de una mujer. Los dos sexos están vocacionados a participar en la obra de la redención, que es la obra de su propia redención⁹.

María es llamada «mujer» según el modo de hablar de la gente¹⁰, sólo con el fin de señalar el sexo femenino, y no para significar la corrupción de su integridad¹¹. Y es que sin perder su integridad, María es Madre de Cristo y de los hombres. Lo es ante todo de Cristo¹². María le da a Cristo —mediante la colaboración del Espíritu Santo— la naturaleza humana, gracias a una aportación en los órdenes físico y virginal¹³. En María y en su hijo Jesucristo se expresa admirablemente cómo la filiación humana no descarta la divina, ni puede confesarse una sin tener en cuenta la otra¹⁴.

Cristo para San Agustín es Dios y es Verbo eterno, mediante el cual han sido hechas todas las cosas. Cristo está en la procreación, pues es origen de la creación de la cual y en la cual nace María. María, mujer partícipe de nuestra naturaleza, ha sido creada por Dios, y su creación ha sido necesaria para que el Verbo haya podido encarnarse. Sin María no hay encarnación del Verbo. Cristo es origen de María, pues es origen de su creación y de la creación en la que ella está; es además fruto de la

9 Cf. *agon.* 22,24; *f. et symb.* 4,9.

10 Cf. *ser.* 51,18.

11 Cf. *Io.ev.tr.* 10,2.

12 Cf. *ser.* 186,1.

13 Cf. *ser.* 214,6.

14 Cf. *ser.* 51,17. La maternidad de María es divina y también virginal. Ella es la Madre de Dios, y ha concebido sin ningún concurso de varón. El Espíritu Santo tiene mucho que ver en todo esto; hay una acción pneumatológica en José y en María. A los dos les da un hijo, por medio de la maternidad de la mujer. La maternidad de María y la paternidad de José, hay que entenderlas con precisión teológica, ya que ambas están relacionadas, aunque poseen matices diferenciadores. La paternidad de José no es según la carne, sino según la caridad. No porque él lo hubiera engendrado según la carne, sino porque el Espíritu Santo lo engendró de María para que, siendo María madre de Cristo por obra del Espíritu Santo, san José —por esa misma y única razón— fuera padre de Jesús por virtud de la caridad (cf. *ser.* 51,30).

Virgen María. Cristo es Hijo de Dios por lo que se refiere a la divinidad, y también es hijo de David según la carne a través de la Virgen María¹⁵.

María da a luz a Jesús a san José, no por la carne, sino por el amor. Lo que había en ella era obra del Espíritu Santo; por él, y sólo por él, san José es padre de Jesús, gracias a la maternidad divina de María. Agustín no se esconde a la hora de mostrarse creyente de la divinidad del que la Virgen María da a luz, apuntando que a la piedad y a la caridad de José le nació de la Virgen María un hijo, el mismo Hijo de Dios¹⁶.

María, entonces, es madre y virgen al mismo tiempo. No es fácil pensar que esto pueda ocurrir en una misma mujer. Ya en la antigüedad los maniqueos negaban que Cristo tuviese un cuerpo real; pero —si les hacemos caso— concluimos que María no es verdadera madre de Cristo, pues no habría dado a luz un verdadero cuerpo. Algo parecido pensaban los docetas en relación al cuerpo de Cristo¹⁷. Agustín reacciona frente a estos planteamientos etéreos, postulando que el mismo Señor nuestro, el mismo Cabeza de la Iglesia, el unigénito Hijo de Dios, el Verbo del Padre... no ha tenido una carne de naturaleza distinta de la nuestra. Por eso asumió la humanidad de una virgen¹⁸. Jesús, el Cristo, posee un cuerpo real como el nuestro.

Es preciso defender sin ambages la verdadera corporeidad de Jesús; en la época de Agustín, afirmar la virginidad de María suponía automáticamente negar a Cristo un cuerpo verdadero. Y entonces, si Cristo no tiene un cuerpo verdadero, ¿dónde está la entidad y la valencia real del sacrificio de la cruz, si es que no existe un cuerpo verdadero que se inmole por todos?¹⁹ La redención no podría sostenerse en pie. El obispo de Hipona tiene claro que María es verdadera madre de Jesucristo; de ella el Verbo asume un cuerpo verdadero, gracias al cual Cristo nos redime por entregárenos por él en la cruz.

Agustín, bien sabido es, hace teología apoyándose firmemente en la Sagrada Escritura. En los Evangelios aprende que Cristo

15 Cf. ser. 51,12,20.

16 Esto puede ampliarse también en ser. 193,1; ser. 233,3,4; Trin. 8,5,7.

17 Cf. PRIMITIVO TINEO TINEO, *Docetismo*: <https://mercaba.org/Rialp/D/docetismo.htm> / Consulta: 26.09.2019.

18 Cf. ser. 273,9.

19 Cf. Io.ev.tr. 8,7.

ha nacido —en la realidad de la carne (encarnándose)— de una virgen. Escribe: «*también yo creo que Cristo haya nacido de una virgen porque lo leo en el evangelio*»²⁰. Defiende así la realidad de la carne de Cristo, y no se quiere poner por encima de la Escritura, como hacen algunos²¹.

En María la creación ha germinado y ha producido su mejor fruto. Muestra su rostro más bello, su cara mejor, su dignidad más sublime. Mirar a María, con Agustín, significa admirar en ella la pulcritud mejor de la obra creacional. En ella está la belleza, aunque no conozcamos el rostro de la Virgen María²². Es la Virgen María, en palabras de Agustín, la dignidad de la tierra (*dignitas terrae*). El contexto en el que pronuncia esta expresión defiende el Antiguo Testamento, a partir de un texto genesiaco (cf. Gn 2,5-6). Adán es sustituido por Cristo, y la tierra de la que Cristo es formado es sustituida por María. Este paralelismo es el que le permite defender la encarnación de Cristo en la Santísima Virgen María. Nos dirá que «*lo más digno de la tierra rectísimamente representa a la madre del Señor, la Virgen María, a quien regándola la inundó de gracias el Espíritu Santo, al que llama el Evangelio con los nombres de fuente y agua*»²³ (...).

Mediante la gracia del Espíritu Santo es formado de la tierra (que es María) y del limo el hombre Jesucristo. María es una mujer que pertenece a la naturaleza de la creación. Ella es *dignitas terrae* y es también tierra creada; de este mismo barro procede Cristo Jesús: «*Él también fue formado como del limo de la tierra*»²⁴. En este proceso creacional hay inserto un proceso de dignificación, ya que Dios dignifica la tierra misma, la Virgen María²⁵.

20 Agon. 22,24.

21 Cf. Io.ev.tr. 8,6.

22 Cf. Trin. 8,5,7.

23 Gn. ad man. 2,2,37.

24 Gn. ad man. 2,2,37.

25 Cf. ser. 192,3. De la tierra de María nace el hombre Jesucristo. El sí de María permite que Jesucristo se haga hombre en su seno, y el propio Jesucristo se hace partícipe del sí de María en el momento de la encarnación. Frente a los desvaríos de los maniqueos, el hiponense remacha que Jesucristo es de la misma naturaleza que la Virgen María, de cuyo limo lo formó en ella el Espíritu Santo. Agustín vincula magistralmente la creación genesiaca con la encarnación crística. Reconocemos un prodigio insuperable al constatar que el creador de María ha nacido de María, y que el hijo de David es el Señor de David. Es cierto que desciende de Abraham el que

La maternidad corporal de María es única en un doble sentido: en cuanto a la acción maternal —que se ejerce una sola vez—, y en cuanto a la cualidad virginal —propia y distintiva que la caracteriza—. En orden a Cristo, el Hijo único, se puede predicar también otra maternidad espiritual y mística de María, anterior incluso a la maternidad física y corporal, consistente aquella en la fe y en la obediencia²⁶.

B. *Virginidad perpetua*

Así como el santo de Hipona reconoce la maternidad divina de María, no menos explícito es al reconocer su virginidad. La virginidad de María es un don gratuito de Dios²⁷. María no concibe a Cristo por la concupiscencia carnal, sino por la fe espiritual. La fe está en su alma, y Cristo está en su seno. La piadosa virginidad parió a Cristo en María, y por la fe lo crió²⁸.

Crear bien en la virginidad de María exige creer en lo humilde, y no creerse sabios y prudentes que se pierden buscando lo excelso²⁹. Dios ha tomado la iniciativa de aparecer cercano en la historia del hombre, manteniendo un *modus operandi* concreto. María siempre ha sido virgen, y por eso la teología se encarga de decir que María fue virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Agustín profesa sin fisuras esta fe eclesial; lo que ocurre es que, como su producción literaria es tan vasta, hay fórmulas variadas a la hora de referirse a este dogma mariológico.

No faltan las ocasiones en las que el santo utiliza oraciones bimembres para referirse a este tema: «*virgen antes de concebir, virgen después del parto*»³⁰; o también «*permaneció siempre virgen antes y después del parto*»³¹. Aunque en estos casos no ex-

era antes que Abraham. Es misterioso que el autor de la tierra haya sido formado de la tierra. Es inaudito que el creador del cielo haya sido creado bajo el cielo (cf. ser. 187,4).

26 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, pp. 234 y 235. Se inspira en Io.ev.tr. 28,3; virg. 5,5; ser. Denis 25,7.

27 Cf. praed. sanct. 15,30.

28 Cf. Gn. ad litt. 10,18,32; enar. psal. 67,21; ser. 196,1; ser. 192,2; Io.ev.tr. 4,10.

29 Cf. ser. 184,1,1.

30 Ser. 184,1,1.

31 Ep. 162,6.

plicita la virginidad *in partu* de María, sí hay otros momentos en los que —de algún u otro modo— lo hace³². Agustín quiere protegerse de postular afirmaciones mariológicas equivocadas, y por eso aspotilla «*lejos de nosotros creer que desapareció la integridad de aquella tierra, es decir, de aquella carne de donde brotó la verdad*»³³.

El hijo de Santa Mónica establece un bello paralelismo, a colación del tema de la virginidad de María, conjuntando la encarnación y la redención de Cristo. Cristo resucitado entra en la estancia donde están reunidos los discípulos, con las puertas cerradas. Cristo, al nacer virginalmente, deja a María cerrada e íntegra. No rompe nada, ni para presentarse a los suyos tras la resurrección, ni tampoco para nacer de María³⁴. La potencia divina lo puede todo, pues estamos ante el *Deus omnipotens*; y es que, si creemos en la resurrección de Jesús, nos quedaríamos cortos si no creyésemos —al mismo tiempo— en la virginidad perpetua y en la maternidad virginal de María. Estamos ante un «milagro insigne», que nos lleva a contemplar el nacimiento del Redentor, acontecido de una virgen, para enseñarnos que nosotros —miembros de Cristo— habíamos de nacer de la Iglesia virgen, según el espíritu³⁵.

Existen también otras afirmaciones agustinianas en las que se ve inequívocamente la defensa de la perpetua virginidad de María en los tres tiempos que la buena mariología propone (antes de/en/después de): «*ella concibió siendo virgen, siendo virgen dio a luz y permaneció siendo virgen*»³⁶. Y es que María fue «*virgen al concebir, virgen al parir, virgen cuando murió*»³⁷. No tuvo María uniones carnales posteriores con su marido³⁸.

32 Cf. ench. 34; ser. 191,2.

33 Ser. 191,2.

34 Cf. ser. 110,3.

35 Cf. virg. 5.

36 Ser. 51,18.

37 Cat. rud. 22,40.

38 Cf. haer. 56 y 84. María se nos muestra como ejemplo de virginidad y como modelo de consagración a Dios, siendo mujer poseedora de méritos y prerrogativas (cf. bon. coniug. 26,35). Ella es paradigma para las consagradas y esposas de Cristo esposo; están vocacionadas a vivir en virginidad consagrándose íntimamente a cumplir la voluntad del Padre y a transformarse en hermanas de Jesús (cf. ser. 191,4). María es modelo a la hora cumplir la voluntad del Padre y de dar a luz; ella da a luz el cuerpo de Cristo, y quien obedece al Padre da a luz obras de verdad, de paz y de justicia.

Un texto agustiniano más rotundo que los anteriores a la hora de defender estas cosas es el que aparece en el *sermón 186*, en el primer numeral. Aquí nos señala que María «*fue virgen al concebir, virgen al parir, virgen durante el embarazo, virgen después del parto, virgen siempre*». ¿Puede haber una defensa más clara y más explícita de la perpetua virginidad de nuestra madre, la Virgen María? Difícilmente. Y ésta es la razón por la que hay que excluir una interpretación antioquena o literalista de los famosos «hermanos de Jesús»; el propio Agustín advierte a sus oyentes para que no caigan en tan craso error, al refrendar que «*en aquel seno virginal no fue concebido ningún mortal, ni antes ni después*»³⁹. «Hermandos de Jesús» son, en la mente del hijo de Santa Mónica, los consanguíneos de María, y no la prole que iba a nacer ulteriormente en partos posteriores⁴⁰.

La Iglesia también es virgen, debido al estado virginal de los consagrados; es virgen en la mente⁴¹, y también es madre. Es precisamente el concepto de *Ecclesia mater* uno de los favoritos en la eclesiología de San Agustín. Es entonces, virgen y madre al mismo tiempo, como María. Es virgen por la integridad de la fe, y es madre por las entrañas de la caridad⁴².

C. Concepción inmaculada⁴³

¿Es o no es el hiponense o *pro-inmaculista*? San Agustín vive en primera persona una evolución en su fe mariológica. En sus

39 Ser. 223,D.

40 Cf. Io.ev.tr. 28,3.

41 Cf. ser. 191,2,3.

42 Los nuevos miembros de la Iglesia son injertados en Cristo, para formar un solo cuerpo. Cristo es la cabeza de este cuerpo, al tiempo que posee la identidad de ser el esposo de la Iglesia. Y aquí tenemos la clave cristológica del *Christus Totus*, que inspirada tanto en Pablo como en Juan se erige como un emblema del pensamiento del tagastino. Así como la virgen María fue madre de uno solo, también la Iglesia es madre de uno-unidad (cf. ser. 192,2). Una madre que sigue ayudándonos desde el cielo, intercediendo por nosotros, que somos y estamos en el Cuerpo de su Hijo, que es el Cuerpo Místico eclesial (Todos estos pensamientos están sacados de JUAN MANUEL OLANDÍA IZQUIERDO, *La Virgen María o la dignidad de la mujer*, Ed. Federación Agustiniana Española, Madrid 2004, pp. 12-16).

43 A este respecto, ya hace tiempo, se publicó el análisis de JOSÉ RODRÍGUEZ DÍEZ, *La Inmaculada en San Agustín ¿Suficiente o insuficiente probatoria?: La Inmaculada Concepción en España: religiosidad, historia y arte. Actas del simposium, 1/4-IX-2005* / Coord. por FRANCISCO JAVIER CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, Vol. 2, Ed. Instituto Escorialense de Investi-

Confesiones asegura que pensó, en una etapa de su vida, que una naturaleza como la del Señor no podía nacer de la Virgen María, sin mezclarse con la carne. Tampoco veía cómo podía mezclarse sin mancharse, ese ser que él tenía en su mente. Estas cosas no le entraban en la cabeza, y por eso temía creer que Cristo había nacido en carne humana, contaminándose de este modo, por no verse obligado a creerle manchado con la carne⁴⁴.

La Virgen María queda excluida del pecado en el pensamiento de San Agustín, acerca de la cual, por el honor debido a Jesucristo, cuando se trata de pecados, no quiere mover absolutamente ninguna cuestión. A María le fue conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado. Mereció concebir y dar a luz al que nos consta que no tuvo pecado alguno⁴⁵. María es una mujer en la cual se da la excepcionalidad; esta excepcionalidad queda circunscrita al asunto del pecado. Es verdad que su Hijo Jesucristo es el redentor de todos los hombres y mujeres del mundo. Y es verdad también que hay una excepción en esta regla general: su Madre, la Virgen María. El pecado original y los pecados ulteriores nos igualan a todos en el asunto del pecado; a todos, menos a María.

En María se da la posibilidad de vencer al pecado en todos sus flancos. Aquí está la posibilidad de vencer el pecado original, y también las consecuencias del mismo, como por ejemplo la realidad de la concupiscencia, que es consecuencia del pecado, al mismo tiempo que causa del pecado. María queda fuera de este asunto, pues a ella se le ha conferido gracia en el senti-

gaciones Históricas y Artísticas, San Lorenzo del Escorial (Madrid) 2005, pp. 1269-1298 (Disponible en: file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-LaInmaculadaEnSanAgustínSuficienteOInsuficientePro-2801447.pdf / Consulta: 08.10.2019). Frente a otras opiniones que él señala, Rodríguez Díez se inclina a defender lo que él denomina «la conciencia agustiniana suficiente pro-Inmaculada». Se han estudiado concienzuda y detenidamente los textos agustinianos vinculados al asunto inmaculista del *De natura et gratia* 36,42 y del *Opus imperfectum contra Iulianum* 4,62, con sus amplias repercusiones históricas, en IGNACIO FALGUERAS SALINAS, *La contribución de San Agustín al Dogma de la Inmaculada Concepción de María*: Scripta Theologica 4 (1972) 355-433. Falgueras Salinas habla —en relación al pensamiento agustiniano sobre la situación de María dentro de la economía divina de la salvación— de «una clara inexactitud de contenido» al lado de «un planteamiento teológico formalmente exacto» (p. 432). Hay opiniones para todos los gustos.

44 Cf. conf. 5,10,20.

45 Cf. nat. et gr. 36,42.

do pleno de la palabra. Dios es antagónico al pecado, ya que donde está Dios, jamás está el pecado. Es evidente que Jesucristo no ha tomado carne de una carne vinculada al pecado. Esto no puede ser. Y es que el honor del Señor es grande, y Él es el que se encarna en María, tomando carne de ella. María mereció concebir y dar a luz al Señor, el cual sabemos que no tuvo pecado alguno.

El que está detrás de todo esto es Dios, el cual ha pensado en María desde toda la eternidad, la ha llenado de gracia, y le ha presentado su plan de salvación. María es destinataria de más gracias, para vencer por todos sus flancos al pecado. María ha recibido más gracia para varias encomiendas: para merecer, para concebir, y para dar a luz al que sabemos que no tuvo pecado. La gracia de Dios, para María, queda caracterizada por la unicidad; también una sola vez se encarna el Verbo, necesitando a una sola madre. María recibe una gracia singular, única y exclusiva, pues ella ejerce una misión única en la historia de la salvación.

María vive un nacimiento sin pecado, o sea, un renacimiento. No se da la transmisión del pecado en el nacimiento de María. Esto se da por gracia, nada más y nada menos; estamos ante la gracia del renacimiento que vino a deshacer la condición de su nacimiento. Esta gracia única está vinculada a una actuación singular e irrepetible de Dios. María recibe más gracia para merecer engendrar al nuevo Adán, habiendo sido excluida de todo contacto con el pecado, y habiéndolo vencido por todos los flancos, del modo más radical.

El obrar divino se manifiesta aquí de una forma inaudita. En el nacimiento de María está muy presente el obrar de Dios: *«no atribuimos al diablo poder alguno sobre María en virtud de su nacimiento, pero sólo porque la gracia del renacimiento vino a deshacer la condición de su nacimiento»*⁴⁶. Lo que Agustín sí indica, y es menester anotar, es que sus padres la engendraron a ella en la concupiscencia⁴⁷, aunque ella no la traspasó/trasvasó a su Hijo Jesucristo. En ella se rompe la transmisión⁴⁸. Y todo esto ocurre en virtud de los méritos de Cristo, que en palabras del hiponense suena con relación al honor debido al Señor⁴⁹.

46 C. Iul.imp. 4,122.

47 Cf. c.Iul.imp. 6,22.

48 Cf. c.Iul. 5,15.

49 Cf. nat. et gr. 36,42.

D. *Asunción al cielo*

Aunque sea brevemente, es obligado indicar que en Agustín no encontramos el dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma al cielo. Tampoco hallamos otros temas —no hablamos ahora de dogmas marianos— como el de la realeza de María. En relación a la Asunción, sí aparece en otros Padres postnicensos de la Iglesia occidental, como por ejemplo en San Ambrosio⁵⁰.

Es cierto que la Sagrada Escritura no dice nada explícito sobre la Asunción de la Virgen María, y ésta puede ser la razón subyacente por la cual Agustín guarda silencio y no indica nada expresamente —ni a favor ni en contra— sobre este tema particular. No obstante, en opinión de Teodoro C. Madrid, tanto el pueblo piadoso como los teólogos (ss. IX al XI) intuyeron en los escritos del genio africano esta prerrogativa de la santa Virgen María. La razón basilar es la consecuencia imitadora de Cristo, su Hijo, al ser la Madre inmaculada de Dios, que dio a Jesús la carne pura y libre de toda dependencia de pecado.

En esos siglos aludidos, se confeccionó un escrito significativo a nivel mariológico. Su título es «*La Asunción de la santa Virgen María*». Estamos ante un texto atribuido a San Agustín, que —de hecho— aparece editado en castellano en el volumen de sus *Escritos atribuidos* (el número XLI de las *Obras completas* de la BAC). Es un texto que muestra a las claras el *sensus Ecclesiae* sobre este punto mariano concreto, más allá de vestigios epocales escépticos o agnósticos. Pío XII se inspiró ampliamente en el *Liber de Assumptione Beatae Mariae Virginis*, a la hora de confeccionar su *Munificentissimus Deus* (1950), en orden a declarar la verdad dogmática mariana asuncionista. De hecho, se deja notar el influjo de dicho texto en el pontífice, en el momento de hacer la síntesis sobre la reflexión teológica y el sentimiento común de los fieles, la cual le sirve de base para preparar dicha definición dogmática⁵¹. Lástima que este texto antes mencionado sea sólo un escrito atribuido al santo, y nada más.

50 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 452. Esto se amplía en SEGUNDO FOLGADO, *El signo de la espiritualidad mariana en San Agustín*: Scripta de María 5 (1982) 286-315.

51 Cf. TEODORO C. MADRID, *Mariología*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, pp. 872 y 873.

2. LA ESPIRITUALIDAD Y LAS VIRTUDES DE MARÍA⁵²

María es un regalo de Dios al hombre. Es el gran don divino que Cristo, su Hijo, ha regalado a la humanidad redimida en calidad de Madre; a su lado estamos llamados a vivir su espiritualidad. Mirándola a ella hemos de imitarla⁵³. La razón es limitada, y por eso María nos impele a ir más allá de ella y a ser creyentes, para que lo que no comprende la razón lo pueda percibir la fe; donde la razón humana desfallece, ha de progresar nuestra fe⁵⁴, como ocurrió con María.

A. Fe. María es la mujer de la fe, y ella nos precede en el camino creyente. Ella ha creído, y se ha cumplido en ella lo que creyó. El hiponense nos invita a nosotros a creer para que nos sea provechoso lo que se cumplió⁵⁵. María es la mujer que escucha, cree y concibe. En el alma de María está la fe, y en su vientre está Cristo, lo cual es motivo de admiración⁵⁶. Gracias a la fe, María es madre de Dios. Cristo es concebido en la fe, y no en la libido. Vino a la Virgen quien existía antes que la Virgen. Eligió a la que había creado, y creó a la que había de elegir⁵⁷. Es la incorruptibilidad de la fe la que posibilita la virginidad en el corazón⁵⁸. Mediante la fe, María concibió creyendo a quien alumbró creyendo; concibió a su Hijo en la mente antes que en el seno⁵⁹, con una participación del Espíritu Santo en el nacimiento de Cristo. La verdad es Cristo y la carne es Cristo: Cristo verdad en la mente de María y Cristo carne en el vientre de María. Vale más lo que está en la mente que lo que se lleva en el cuerpo. María es primero discípula aceptando la palabra, y como consecuencia es madre⁶⁰.

Ciertamente la fe en Agustín es una virtud que queda vin-

52 En relación a la virginidad y a la fe, condensamos lo expuesto en JAIME GARCÍA ÁLVAREZ, *Oremos con San Agustín. La voz del corazón*, Ed. Revista Agustiniana, Madrid 2007, pp. 119-125. Otros textos reseñados aquí los hemos espigado de JOSÉ A. GALINDO RODRIGO, *San Agustín. Doctrina espiritual*, Ed. Edicep, Valencia 2005, pp. 175-179.

53 Cf. ser. 191,4.

54 Cf. ser. 25/A,7; ser. 190,2.

55 Cf. ser. 215,4.

56 Cf. ser. 196,1.

57 Cf. ser. 69,4.

58 Cf. enar.psal. 147,10.

59 Cf. ser. 215,4.

60 Cf. ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, «*María Madre y Virgen en San Agustín. Su significado histórico-salvífico*»: Revista Agustiniana 38 (1997) 525.

culada a la mente. María creyó en la mente, y los miembros de Cristo —nosotros— hemos de hacer lo mismo: «*Sit pietas in credente et erit fructus in intelligente*»⁶¹. El hiponate nos pide dar a luz a Cristo en la mente, como María dio a luz a Cristo en el vientre. De este modo seremos «*madres de Cristo*»; no es algo desproporcionado, ni tampoco cosa que repugne. Fuimos hijos y hemos de ser también madres⁶². La Virgen María es para nosotros paradigma de fe. Tras el anuncio del ángel que le comunicaba que ella iba a ser la madre de Dios, ella —llena de fe— le dijo «cúmplase». Gracias a su fe una virgen va a concebir sin semen de varón; va a nacer del Espíritu Santo y de una mujer virgen aquel en quien renacerá del Espíritu Santo la Iglesia, virgen también⁶³. María, con su fe, colabora a la redención: Cristo nace de María por su fe, para que pueda nacer también —del Espíritu Santo— la Iglesia⁶⁴.

En la teología agustiniana es conocida la ecuación *fides-visio*. También está presente en el mensaje mariológico del santo. En la Parusía, la fe será sustituida por la visión. Esta condición escatológica de la Iglesia es ya la condición actual de Nuestra Señora⁶⁵. Esto nos estimula y anima a los que seguimos como *homines viatores* en este mundo.

B. Escucha. María es la mujer que escucha la palabra de Dios. Oye la palabra y la guarda. María guardó mejor la verdad en la mente que la carne en su seno. Cristo es la Verdad y Cristo es carne. Cristo Verdad está en la mente de María, y la carne de Cristo está en el seno de María. Más es lo que está en la mente que lo que es llevado en el vientre⁶⁶. Estamos ante una escucha que es obediente a Dios y disponible a su obra. Es tan importante la obra de Dios que incluso el Señor nos mostró cómo se deja a una madre por la obra de Dios, desdeñando su propia Madre. Se dignó desdeñar a la madre para enseñarnos que por la obra de Dios hemos de desdeñar incluso a los pa-

61 Io.ev.tr. 8,6.

62 Cf. ser. 72/A,8.

63 Cf. ser. 215,4.

64 Cf. ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, «*María Madre y Virgen en San Agustín. Su significado histórico-salvífico*»: Revista Agustiniana 38 (1997) 520.

65 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 244.

66 Cf. ser. 72/A,7.

dres⁶⁷. La misma Virgen María es ejemplo del cumplimiento fidelísimo de lo escuchado acerca de la voluntad del Padre; ella creyó en la fe y concibió en la fe. Había sido elegida para que de ella nos naciera la salvación entre los hombres; creada por Cristo antes de que Cristo fuese creado en ella. Hizo, sin duda, la voluntad del Padre, y por eso es más importante para ella ser discípula de Cristo que haber sido su Madre⁶⁸.

C. Humildad. Una virtud que Agustín percibe en María es su humildad. Habla de la santa modestia de la Virgen María. Había dado a luz a Cristo, y aunque había merecido alumbrar al Hijo del Altísimo, era muy humilde. Ni siquiera se antepuso al marido en el modo de hablar. No dice «Yo y tu padre», sino «Tu padre y yo» (Lc 2,48). No tuvo en cuenta la dignidad de su seno, sino más bien la jerarquía conyugal⁶⁹.

La concreción de la recepción histórica de la Luz Divina⁷⁰ se efectúa gracias al sí humilde e incondicional de María, la Madre de Dios, la Madre de la Luz. Ella acoge humildemente un misterio presentado y ofrecido por el Padre; se trata de un misterio que supera cualquier planteamiento racional. El proceso por el que ella dijo «sí» no se desarrolló por medio de una intervención divina arrolladora. Dios le pidió permiso a María. Humildemente, como Él siempre actúa, entra en la historia gracias al sí de la Virgen⁷¹. La humildad divina se une a la humil-

67 Cf. ser. 72/A,3.

68 Cf. ser. 72/A,7.

69 Cf. ser. 51,18. En cuanto al valor de la humildad en el pensamiento de San Agustín, recomendamos: FRANCISCO MORIONES, *Jesucristo, Redentor y Maestro de humildad, según San Agustín*: Augustinus: revista trimestral publicada por los Padres Agustinos Recoletos, Vol. 45/176-177 (2000) 147-190; IGNACIO VERDÚ BERGANZA, *La humildad y el acceso a la verdad en el pensamiento de Agustín de Hipona.*: Cauriensia: revista anual de Ciencias Eclesiásticas, Vol. 7 (2012) 385-395; MIGUEL SANTIAGO FLORES COLÍN, *Luchad para vencer, venced para triunfar: sed humildes para no rendirse* (Ep. Io. tr. 2,7). *Mensaje de Agustín a los jóvenes de hoy*, en: *Jóvenes inquietos: la aventura de vivir en Cristo*, Ed. CTSA, Madrid 2007, pp. 221-244; CARLOS NOVELLA GARCÍA, *Las cualidades del maestro según la pedagogía agustiniana en confesiones, de catechizandis rudibus, de magistro y de doctrina christiana. Tesis doctoral dirigida por Angelo Di Berardino* (dir. tes.), José Ignacio Prats Mora (dir. tes.), Ed. Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir, Valencia 2013.

70 Hemos aludido a esto en nuestra tesis doctoral, la cual está alojada digitalmente en: <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=NQfZJHL3Ub8%3D>. Copiamos aquí unos párrafos de las pp. 89 y 90.

71 En efecto, María dijo sí y cumplió la voluntad de Dios (cf. Io.ev.tr. 10,3).

dad mariana; el sí de Dios a la iluminación de la tierra oscurecida se une festivamente al sí esperanzado de María. Dios mira la humillación, la humildad y el abajamiento de su esclava. Esta humildad⁷² bien podía cristalizarse en un icono para ser contemplado. Agustín da relieve, entre los ejes transversales de su teología, al eje de la humildad. Es, con toda probabilidad, una de las virtudes más valoradas por él en la vida del buen creyente. María, paradigma del creyente⁷³, ofrece su humildad a la humildad del Dios que quiere encarnarse. El niño que nace de ella, nuestro Salvador⁷⁴, tiene también nuevas luces que enriquecen su misterio⁷⁵. La humildad de María está plenamente abierta a Dios, y su «sí» creyente se dirige tanto al Padre, como a su Hijo, como al Espíritu Santo⁷⁶.

D. *Virginidad.* María es la mujer plenamente entregada —en un don total e íntegro de sí— a Dios. Dios es el absoluto y el único para ella, fundamentando su voto de virginidad. Consagra su virginidad a Dios antes de saber que ha de concebir; imita la vida celeste en el cuerpo mortal, por medio de un voto, sin tener ningún tipo de obligación de servidumbre. Lo hace por elección de amor⁷⁷. Estamos ante una virginidad que se vincula a una fe íntegra, a una esperanza sólida y a una caridad sincera⁷⁸. María, al vivir su virginidad, es como si nos pusiera a mirar directamente al cielo y a la Iglesia celestial. Digamos que es como si nos elevara al cielo, mediante su integridad virginal; entonces ascendemos con ella a la incorruptibilidad perpetua en la carne corruptible⁷⁹. Esto conlleva un tipo de vida angelical ante los hombres, trayendo las costumbres del cielo a la tierra⁸⁰. María Virgen es —en este sentido— modelo para la Iglesia. Es criatura, mujer e hija; también madre y engendradora⁸¹.

72 De ella da cuenta Agustín en el ser. 51,18.

73 Y es que, verdaderamente, una de las contribuciones geniales de Agustín en su mariología es el redescubrimiento de que María concibió a Jesús por la fe (cf. ser. 69,4; ser. 343,3).

74 Cf. Io.ev.tr. 15,1. El santo se refiere a «el» Salvador (y no a «un» salvador) en Io.ev.tr. 15,33.

75 Cf. ser. 221,1.

76 Llega muy lejos la humildad de su propio Hijo, reflejada, por ejemplo en enar.psal. 93,15; ser. 188,3.

77 Cf. virg. 4,4.

78 Cf. Io.ev.tr. 13,12.

79 Cf. virg. 13,12.

80 Cf. virg. 53,54.

81 Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 404-409.

Mediante la virtud de la virginidad mariana se posibilita la encarnación; aquí la naturaleza humana se santifica por el Verbo de Dios, al tiempo que lo revela. La virginidad del cuerpo y la virginidad del corazón aparecen inextricablemente conexas; la segunda significa la comunión íntegra y plena con Dios⁸². La virginidad es experimentable si existen el amor y la humildad. Ha de otorgarla Dios, que es caridad, cuya morada es la humildad⁸³. Si verdaderamente se valora la castidad, entonces ha de alcanzarse mediante la buena voluntad y el amor auténtico, el cual apetece siempre lo que la Verdad enseña que debe ser apetecido. Se exigen, en este sentido, la sinceridad en nuestro amor a Dios y al prójimo⁸⁴. María es —en Agustín— modelo por antonomasia de virginidad consagrada⁸⁵; con su *fiat* es paradigma de entrega a Dios. Estamos ante una entrega en grado máximo. Ella es la nueva Eva. Es modelo para toda la Iglesia, que mira a su virginidad. Es ejemplar y modélica para las distintas formas de vida, a saber, vírgenes, casados, sacerdotes, apóstoles... Su virginidad nos lleva a captar su fe íntegra, su esperanza sólida, y su caridad sincera⁸⁶. Captamos así su humildad y su obediencia a la voluntad del Padre. Es icono de vida y de acción, con su ejemplaridad maternal y como principio de unidad de los creyentes. En María Virgen aprendemos la contemplación, el servicio y la entrega. Con ella nuestras almas son fecundas para Dios⁸⁷.

E. Santidad. Lo que ensalza el Señor en María es que hizo la voluntad de su Padre; no tanto que su carne engendrara la carne del hijo de Dios. María, la Madre de Cristo, la que es llamada dichosa, lo es por su observancia a la Palabra de Dios. No tanto porque se haya hecho en ella carne el Verbo de Dios, habitando entre nosotros, sino porque fue custodia del mismo Verbo de Dios, que la creó a ella⁸⁸. Dios le ha regalado a María la plenitud de la gracia. María es virgen y también es santa. Ha

82 Virginidad consagrada a Dios, custodiada en la carne, y conservada mediante el espíritu de devoción y religión. Aquí se da una virginidad espiritual, junto a la continencia de la piedad (cf. virg. 8,8).

83 Cf. virg. 51,52.

84 Cf. mend. 19,40.

85 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín: Religión y Cultura* 39 (1993) 455-456.

86 Cf. ser. 188,4.

87 Cf. ser. 189,3.

88 Cf. Io.ev.tr. 10,3.

hecho un voto, y es muy grande lo que ha merecido. Mejor es lo que ha recibido. Gracias a María la Palabra se junta y se une con la carne; su seno es el tálamo de tan gran matrimonio. Cristo le otorga la fecundidad sin privarla de la integridad.

¿Y de dónde le ha venido a María todo esto? El ángel tiene la respuesta: la razón es que María es llena de gracia (Lc 1,28)⁸⁹. La santidad de María es una santidad fecunda, que nos exhorta a nosotros a ser fecundos. Así como ella, siendo madre, lleva a Jesús en su seno, nosotros hemos de llevarle también en el corazón. Así como ella queda grávida por la encarnación de Cristo, nuestros pechos han de quedar grávidos por la fe en Cristo. Así como ella alumbró al Salvador, nosotros hemos de alumbrar alabanzas. Entonces no seremos estériles, y nuestras almas serán verdaderamente fecundas para Dios⁹⁰.

3. MARÍA Y LA IGLESIA

Hablar de María en Agustín, es pensar automáticamente en la figura eclesial del *Christus Totus*. El Cardenal H. de Lubac captó muy bien esta intuición agustiniana. María es la madre de Cristo, Cabeza divina del cuerpo. Al mismo tiempo, al contemplar todo el cuerpo eclesial, la Iglesia se antepone a María: *melius est ecclesia quam Virgo Maria*. María —Madre de Cristo Cabeza— es sólo una porción de la Iglesia y un miembro santo (*sanctum membrum*) de todo el cuerpo; es solamente un miembro. El cuerpo eclesial integra todos los miembros (incluyendo a María), y los une a la Cabeza.

Al mismo tiempo, el hiponate subraya que —de todos los miembros de la Iglesia— María es —y lo es ella sola— perfectamente santa. María prefigura así a la Iglesia enteramente santa. Su misterio representa y anuncia el de los otros miembros de la Iglesia⁹¹. Agustiniamente, María es un «miembro eminentísimo» (H. Graef). A. Rivera, por su parte, encuentra en Agustín las bases de una supereminencia de María sobre la Igle-

89 Cf. ser. 291,6.

90 Cf. ser. 189,3.

91 Cf. ser. Denis 25,7. Esto nos hace pensar, espontáneamente, en el lugar en el que se nos habla de María en el Concilio Vaticano II. Esto ocurre, precisamente, en la constitución dogmática sobre la Iglesia —*Lumen Gentium*—, capítulo 8°. María está dentro de y forma parte de la Iglesia de Cristo. Es un miembro singularísimo de la misma.

sia, aún sin negar que aquella pertenece a ésta como un miembro, aunque el más excelente. Hay un texto explícitamente afirmativo sobre la maternidad espiritual de María sobre los miembros del cuerpo de Cristo⁹²: su influjo efficacísimo es regenerador y maternal⁹³.

Existe un paralelismo agustiniano evidente entre María y la Iglesia. La Iglesia, que es parte del *Christus totus* según el pensamiento cristológico del tagastino, está vocacionada a poner toda su confianza en el Señor. La Iglesia, como María, goza de la perenne integridad virginal, así como de la incorrupta fecundidad⁹⁴. María es virgen y también madre; del mismo modo la Iglesia es virgen⁹⁵, y también madre⁹⁶. La Virgen María —en un tiempo en que no se valoraba, porque se desconocía— ya había hecho su voto de entrega a solo Dios⁹⁷. Así se hizo grata al Señor⁹⁸; y gracias a la acción santificadora del Espíritu, María iba a concebir e iba a ser madre⁹⁹.

La fe de María virgen es firme y segura y, dentro del cuerpo eclesial, las vírgenes de Cristo le conciben a Él, dándole a luz en las obras¹⁰⁰. Esto hace que Agustín las denomine «*matres Christi cum Maria*»¹⁰¹. Virgen y fecunda es María, y en la Iglesia pueden integrarse —a su modo— estas dos realidades marianas. En María la virginidad se vive en el orden divino, junto

92 Cf. virg. 6.

93 Cf. A. Rivera, citado en CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 399.

94 Y esto, teniendo en cuenta que la virginidad del cuerpo no ha de traducirse en esterilidad (cf. ser. Frangipane 4,3).

95 Hemos de pensar —primeramente— en la virginidad eclesial de la mente, que es la fe íntegra, la esperanza firme y la caridad sincera (cf. Io.ev.tr. 13,12). También en esta cita se habla de los que permanecen vírgenes desde la infancia y de los que posteriormente consagran su virginidad.

96 Agustín advierte que, además de esto, la Iglesia es esposa. Y por eso exclama entusiasmado: «*¡Oh Esposa de Cristo, hermosa entre las mujeres! ¡Oh la que subes blanqueada y apoyada en tu Amado!, porque con su luz eres iluminada para volverte blanca, y con su ayuda eres sostenida para que no caigas. ¡Oh cuán mercedamente eres loada en aquel Cantar de los Cantares, que es como tu epitalamio: «tus delicias están en el amor!»*» (Io.ev.tr. 65,3).

97 Cf. ser. 291,6; ser. 343,3.

98 Cf. ench. 11,36.

99 Cf. c.Iul.imp. 6,22.

100 Cf. ser. 192,2.

101 Virg. 5,5.

a la pureza y a la humildad¹⁰². Estamos ante una virginidad que no está reñida con que ella sea esposa, que —gracias a la fe y sin unión corporal¹⁰³— es fecunda. El ángel le anuncia, ella escucha, cree y concibe¹⁰⁴. Gracias a María —que fue virgen corporal y espiritualmente¹⁰⁵— la Iglesia también es virgen¹⁰⁶. En el espíritu toda la Iglesia es virgen, aunque en el cuerpo solamente las almas santas poseen esta virtud¹⁰⁷. María fue libre para hacer su ofrenda virginal; las mujeres consagradas optan libremente para preferir, dentro de la Iglesia, la virginidad y la castidad al matrimonio¹⁰⁸. La virginidad de María es plena; en ella se da de manera propia y exclusiva, derivándose hacia la Iglesia de forma participada y parcial. La virginidad mariana es creyente, es una sola, total, definitiva e intacta en su integridad¹⁰⁹.

Lo que María mereció tener en la carne, la Iglesia lo ha conservado en el espíritu. La diferencia es que María dio a luz a uno solo, mientras que la Iglesia da a luz a muchos, que están llamados a la unidad. El misterio de la Iglesia es el de una madre que engendra hijos para Dios: en ella se realiza la unión de los hombres con el Verbo¹¹⁰. La virginidad eclesial es pensable y vivible gracias al Señor, que convierte a la Iglesia en virgen por la fe. Según la fe, todos los cristianos hemos de ser vírgenes, mujeres y varones también. Todos estamos convocados a la castidad, a la pureza y a la santidad. Es menester que la *Ecclesia* se guarde del seductor, para que no encuentre en él un

102 Cf. ser. 51,18. Esto se contrapone al orgullo nacido de la nobleza de la sangre (cf. cat.rud. 22,40).

103 Cf. nupt. et conc. 5,5,15.

104 Cf. ser. 196,1.

105 Cf. ser. 188,4.

106 Cf. ser. 213,7.

107 Cf. ser. 192,3.

108 Cf. virg. 4,4.

109 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 243.

110 Cf. ser. 195,2. La Iglesia da a luz multitudes, y las hace sus hijos reunidos de todos los lugares, otros tantos miembros de un cuerpo único. En modo semejante a como María, dando a luz a uno llega a ser madre de las muchedumbres, así la Iglesia, dando a luz a las muchedumbres, se convierte en madre de la unidad (cf. HENRI DE LUBAC, *Méditation sur l'Église*, citado en CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 403).

corruptor¹¹¹. María y la Iglesia han sido rescatadas por Cristo del poder de Satanás¹¹².

La Iglesia toda queda designada con el nombre de Virgen; está desposada con un único varón, para ser mostrada a Cristo como una virgen casta¹¹³. La virginidad de Eva no se mantuvo en la maternidad, mientras que la Iglesia es a un tiempo madre y virgen; es madre por las entrañas de caridad, y virgen por la integridad de la fe y de la piedad¹¹⁴. Esto es algo divino e inefable, que no se puede escrutar¹¹⁵.

Tanto María como la Iglesia tienen capacidad de alumbrar (dar a luz). Ya sabemos —por las páginas precedentes— cómo da a luz María; la Iglesia da a luz hijos, mediante el bautismo, pues todos los bautizados son miembros de la Iglesia, al tiempo que miembros del cuerpo de Cristo, como se ve en 1 Cor 1,27. En relación a todos estos miembros, María es madre. Madre de Dios (*theotokos*) y madre de todos nosotros. Ella es la que, siendo nuestro paradigma existencial, nos guía en el camino de la vida. La Iglesia es madre y nos ha dado a luz; es madre por las entrañas de caridad, y virgen por la integridad de la fe y la piedad. Engendra a los pueblos. Todos somos miembros de uno solo (Cristo), del cual la Iglesia es cuerpo y esposa. La Iglesia —en la que vivimos la comunión— se parece a María, en tanto que ésta es madre de la unidad entre muchos¹¹⁶.

Indica S. Folgado que *«la tipología mariana alcanza en San Agustín el mayor grado de expresividad y de vigencia teológica, ya que, sobre el nivel de lo representativo, trasciende al de la maternidad, como fundamento grande de las relaciones Iglesia-María. María, personificación de la Iglesia (...) porque María engendra a Cristo, la Iglesia engendra a los miembros del cuerpo de Cristo»*¹¹⁷. La maternidad de María y la maternidad de la Iglesia congrega

111 Cf. ser. 213,8.

112 Cf. ser. 191,3.

113 Cf. ser. 93,4.

114 Cf. ser. De amore Petri, en CYRILLE LAMBOT: *Revue Bénédictine* 49 (1937) 255. Citado en RAFAEL PALMERO RAMOS, *«Ecclesia mater» en San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 225, nota 33.

115 Cf. ser. 215,4.

116 Cf. ser. 192,2.

117 SEGUNDO FOLGADO FLÓREZ, *María Virgen y Madre de Cristo, tipo de la Iglesia según San Agustín: Scripta de María* (Zaragoza) 3 (1980) 92.

a muchos en la unidad: Cristo, el Hijo de María y fruto de la Iglesia, nos aglutina a todos en su cuerpo eclesial¹¹⁸.

María ejerce una maternidad espiritual con respecto a la Iglesia y a cada uno de sus hijos. María ha dado a luz a Cristo, Cabeza del cuerpo místico¹¹⁹, engendrándolo corporalmente y creyentemente; a su vez, María es también Madre de los miembros de dicho cuerpo, de todos los cristianos¹²⁰. Al mismo tiempo, Agustín reconoce la maternidad de la Iglesia respecto a todos nosotros¹²¹. Advierte así que «*Maria corporaliter caput huius corporis peperit; ecclesia spiritualiter membra illius capitatis parit*»¹²². La Iglesia aprende de María, su madre espiritual, siempre que quiera imitarla como a un modelo ejemplar. Ahí están su fe, el fervor de su caridad¹²³, su humildad¹²⁴... Ahí está su obediencia, preferible a la de una virgen desobediente¹²⁵, y también su temor de Dios¹²⁶. Apuntemos también que la Iglesia

118 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 244.

119 El Verbo se une esponsalmente con la humanidad, al unirse a la carne. De este modo queda constituido en cabeza de su Iglesia, y esto sucede en el seno de María (cf. Io.ev.tr. 8,4).

120 María es la cooperadora que, con su caridad, hace nacer a los fieles para la Iglesia, y engendra a los miembros para su cabeza (cf. virg. 4,4). María es figura de la Iglesia; es esposa y madre de Cristo, porque engendra a los miembros de Cristo (cf. ser. 72-A,8). María da a luz a un solo hijo, mientras que la Iglesia da a luz a muchos, para reunirlos en la unidad, por medio del Hijo único de María (cf. ser. 192,2). María se adelanta como tipo de la Iglesia: da a luz espiritualmente a los miembros de esa cabeza, como recoge el Vaticano II (LG 53), citando a San Agustín (cf. virg. 6,6). La Iglesia todos los días engendra con dolores a sus miembros, hijos para Dios en el Espíritu Santo (cf. ser. 25,8; virg. 6,6). En ella, en la Iglesia, hallamos el gran don divino que Cristo ha regalado a la humanidad redimida como madre; al lado de esta madre, de María, aprendemos a vivir su espiritualidad, de manera que mirándonos en ella la imitemos. Si hay cosas que no entendemos con la razón, las percibiremos con la fe, pues donde la razón humana desfallece, la fe progresa (cf. ser. 191,4; ser. 25-A,7; ser. 190,2). Siendo ella la «Madre de Dios» y la «Madre de la Iglesia» (cf. TEODORO C. MADRID, *Mariología*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, p. 871), nos conduce hacia el puerto de la salvación.

121 Cf. ser. 192,2; virg. 2,2.

122 Virg. 2,2.

123 Cf. ser. 214,6.

124 Cf. ser. 51,18.

125 Cf. virg. 44,45.

126 Cf. virg. 44,45.

puede obtener, junto a María, la perenne integridad virginal y la incorrupta fecundidad: «*También la Iglesia, como María, goza de perenne integridad virginal y de incorrupta fecundidad. Lo que María mereció tener en la carne, la Iglesia lo conservó en el espíritu; pero con una diferencia: María dio a luz a un único hijo; la Iglesia alumbra a muchos, que han de ser congregados en la unidad por aquel hijo único*»¹²⁷. Y es en María donde —por obra de Cristo— se dan cita una y otra forma de virginidad de la Iglesia (la del cuerpo y la del alma)¹²⁸.

En la Iglesia todos podemos ser «*madre de Cristo*». Todos —tanto los casados como los que nos hemos consagrado a Dios en virginidad— somos llamados por el hijo de Santa Mónica «*madre de Cristo*», en sentido espiritual; esto ocurre si llevamos una vida santificada por la caridad, y si cumplimos la voluntad de Dios. Es preciso —para ello— estar bautizados y pertenecer al cuerpo de Cristo¹²⁹.

4. MARÍA ES LA «ESTRELLA EN LA NOCHE»¹³⁰.

María está muy presente en la predicación de Agustín, como se evidencia en sus sermones (en particular los alusivos a la infancia de Jesús, las bodas de Caná de Galilea, la maternidad mariana confiada en la cruz...). Ella, para Agustín, es la «*estrella en la noche*»¹³¹. María es, entonces, una estrella. En no pocas ocasiones habla Agustín de las estrellas. Las vemos resplandecer en lo alto¹³² y, cuando en la oscuridad de la noche vemos pasar las nubes, nuestra visión queda perturbada por su opacidad, de manera que parece que las estrellas corren en dirección contraria a nosotros¹³³. Dios habló mediante la estrella de los magos, la cual los llevó a adorar a Cristo recién nacido¹³⁴. No

127 Ser. 195,2.

128 Cf. ser. 191,3.

129 Cf. ser. 19,4. También STANISLAUS J. GRABOWSKI, *La Iglesia...*, citado en RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 242.

130 Cf. ser. 223-D,2. En la redacción de este epígrafe hemos tomado muchas ideas de GUILLERMO PONS PONS, *María «estrella en la noche» en un sermón de San Agustín*: Revista Agustiniiana 46 (2005) 521-532.

131 Cf. ser. 223-D, 2.

132 Cf. conf. 13,32,47.

133 Este texto lo utiliza aludiendo a los herejes que no hallan la paz en la tiniebla de su error, y que creen que son las diversas Escrituras las que se pelean (cf. ser. 1,4).

134 Cf. ser. 12,4.

son las estrellas malas las causantes de los pecados de los hombres, ya que quien puso las estrellas en el cielo es el Creador de todas las cosas¹³⁵. La estrella que siguieron los magos para ir al encuentro del Mesías simboliza el acabamiento de las elucubraciones adivinatorias de aquellos que adoran los astros; es la estrella que confunde los vanos cálculos y las adivinanzas de los astrólogos¹³⁶.

En la pluma de Agustín, no se sabe a ciencia cierta que en Hipona se celebrara con una vigilia la noche del nacimiento de Cristo. Lo que sí es cierto es que en los sermones agustinianos navideños se da relieve a la luminosidad propia de este misterio, cuya celebración es coincidente con el solsticio de invierno, en que la luz solar empieza a ir en aumento y va creciendo el día. La noche se asocia a la infidelidad y a las tinieblas; por otro lado, el día queda vinculado —en el contexto navideño— no tanto al sol, sino a quien hizo el sol¹³⁷. En el ámbito de la estética ecológica, la luz y la belleza del firmamento proclaman la gloria del Creador; Agustín siente sed de Aquel que ha hecho cosas tan maravillosas como el cielo, las estrellas, el sol, la luna...¹³⁸.

En cuanto a la importancia de la simbología lumínica, Agustín no se queda encerrado en el marco navideño. Mira ampliamente hacia la Pascua y —más en concreto— a «*la madre de todas las santas vigiliass*»¹³⁹, nutrida de un profundo significado cristológico y espiritual. En ella brillan las antorchas encendidas en el templo eclesial, que es casa de oración¹⁴⁰. En ella se goza por la victoria del que nos otorga la gloria de su nombre, que es el que ilumina la noche y nuestras tinieblas, el que da luz a los corazones, el que deleita los ojos, el que ilumina la mente¹⁴¹... Supera la vigilia de Pentecostés y las de algunos mártires famosos.

En el contexto litúrgico pascual es en el que se llama a María «*estrella en la noche*»; estamos ante una maravillosa estrella que nos ilumina en medio de la noche de este mundo, y en la cual podemos confiar, pidiéndole su protección. Durante

135 Cf. ser. 1,4.

136 Cf. ser. 201,1.

137 Cf. ser. 190,1.

138 Cf. enar.psal. 41,7.

139 Ser. 219.

140 Cf. ser. 223-I.

141 Cf. ser. 221,2.

la noche de esta larga vida nuestra (nuestra existencia terrenal), hemos de mantener la esperanza en la resurrección de la carne, posibilitada por Cristo, nuestro salvador, que nos trae la alegría¹⁴². Él es la luz del mundo (cf. Jn 8,12). Nació de noche y resucitó también de noche. Él es nuestra cabeza, el que ya ha resucitado, y el que alienta nuestra esperanza, pues una vez pasada la noche de este mundo, nos lleva a la resurrección de la carne para el reino¹⁴³.

Volviendo a María, comentábamos que Agustín la denomina «*estrella en la noche*». El santo parece inspirarse en Os 4,5, en el que se indica «comparé vuestra madre con la noche». Estamos ante una cita de una versión antigua, que no coincide plenamente ni con el texto hebreo ni con la Vulgata. Comenta el converso Agustín: «*Una vez pasada la noche de este mundo, tendrá lugar, también en nosotros, la resurrección de la carne para el reino, de la que fue ejemplo anticipador la resurrección de nuestra cabeza. Éste es el motivo por el que el Señor quiso resucitar de noche, según el Apóstol: Dios que dijo: Brille la luz de entre las tinieblas, la hizo brillar en nuestros corazones. Este brillar la luz en medio de las tinieblas lo simbolizó el Señor naciendo de noche y resucitando también de noche. La luz que surge de las tinieblas es Cristo nacido de los judíos, a quienes se dijo: Equiparé vuestra madre a la noche. Pero en medio de aquel pueblo, cual si fuera en aquella noche, la virgen María no fue noche, sino, en cierto modo, una estrella en la noche; por eso, su parto lo señaló una estrella que condujo a una larga noche, es decir, a los magos de oriente, a adorar la luz, para que también en ellos se cumpliera lo dicho: Brille la luz entre las tinieblas*»¹⁴⁴.

María queda aquí injertada en el misterio de Cristo. En ella destella una luz resplandeciente, por su vinculación con el Salvador; ilumina a los que peregrinan hacia el Señor, recorriendo los caminos de este mundo, el cual está envuelto en oscuridades nocturnas. El resplandor que se ve en María tiene su origen en la luz de su hijo Jesucristo, que ha dicho que el que le sigue no camina en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (cf. Jn 8,12). En Cristo hay luz porque Él es la luz; en María

142 Ser. 223-D,1.

143 Cf. ser. 223-D,2. Y también GUILLERMO PONS PONS, *María «estrella en la noche» en un sermón de San Agustín*: Revista Agustiniiana 46 (2005) 529.

144 Cf. ser. 223-D,2.

también, por su íntima vinculación a Cristo. Los magos de oriente —representantes de la Iglesia surgida de la gentilidad— son los que han llegado de lejos, se han acercado a Él y han sido iluminados sin que sus rostros sientan la confusión (cf. sal 33,6).

El seno de la Virgen María -tanto para San Agustín como para el mismo San Jerónimo¹⁴⁵- es comparado alegóricamente con el sepulcro de Cristo. Nuestra águila hiponense se expresa así: «*La resurrección y el nacimiento de Cristo van a la par: como en aquel sepulcro nuevo no fue puesto nadie ni antes ni después de él, así tampoco en aquel seno virginal no fue fecundado ningún mortal ni antes ni después*»¹⁴⁶.

María, «estrella en la noche», ha dejado una preciosa estela en los escritos de los teólogos y autores de espiritualidad cristiana. ¿Fue San Agustín el primer autor en denominar así a la Madre de Dios? Si no fue el primero, desde luego fue uno de los primeros en hacerlo.

Detrás de él vendrían otros vestigios teológico-espirituales dirigiendo nuestros ojos a lo alto, para ver en la noche la luz de la estrella mariana¹⁴⁷: ahí están, entre otros, el himno *Akathistos* (la llama «*estrella que el Sol nos anuncia*»), las letanías lauretanas (que la llaman *Stella matutina*), San Isidoro de Sevilla (la llama «*iluminadora o estrella del mar*» que «*engendró la luz del mundo*»), el himno *Ave maris stella* (de autor anónimo), San Beda el Venerable (que señala que María «*ha brillado como astro de extraordinaria belleza entre las olas de un mundo en ruinas*»), Fulberto de Chartres (la invoca también como «*estrella del mar*»), Gregorio de Narek (último Doctor de la Iglesia declarado, que la llama «*alba luminosa del sol naciente, estrella matutina que precede a la aurora, ruiseñor que alegra la oscuridad de la noche*»)... San Bernardo de Claraval la denomina «*esclarecida y singular estrella*», mientras que San Martín de León la llama «*refulgente estrella*», que ha iluminado al género humano entre tinieblas y tempestades en este mar encrespado. «*Estrella del mar, iluminada por Dios e iluminadora de nosotros*» será el apelativo con el que la nombre Egidio Romano. Y dentro también de la familia agustiniana, el insuperable profesor en Sala-

145 Contra Joviniano 1,31.

146 Ser. 223-D,2.

147 Los tomamos de GUILLERMO PONS PONS, *María «estrella en la noche» en un sermón de San Agustín*: Revista Agustiniiana 46 (2005) 530-532.

manca, Fray Luis de León, escribirá que es «*clarísimo Lucero / en esta mar turbada / del linaje humanal fiel abogada*».

María es «*estrella en la noche*», debido a que posee cualidades que especifican su fecundidad maternal y virginal. Ella es para nosotros luz para el camino en el ambiente nocturno; al mismo tiempo es figura de lo que cada fiel ha de realizar, siendo paradigma no sólo para la Iglesia, sino también para cada cristiano individual. La vida evangélica de seguimiento de Cristo exige contemplar la interioridad de María, así como su integridad y pureza de espíritu. Aquí los cristianos aprendemos a valorar el mundo interior, la disponibilidad, la apertura a los planes de Dios y la acogida de la gracia¹⁴⁸.

5. MARÍA Y LA SALVACIÓN. EL PARALELISMO ENTRE EVA Y MARÍA

La idea agustiniana matriz de este apartado la podemos resumir así: una mujer ha de intervenir en la reparación, pues una mujer intervino en la caída. En Agustín el paralelismo entre Eva y María tiene hondos significados antropológicos y soteriológicos. Dicho paralelismo Eva-María es frecuente en los Padres desde San Justino. Es cierto que por medio de la maternidad divina de María se realiza la ley del retorno a Dios. Dicho paralelismo aparece en los padres prenicenos, como en el caso de San Justino, de San Ireneo y de Tertuliano¹⁴⁹.

Hay un paralelismo de origen común entre Eva y María. Eva nace del costado de Adán, y María recibe su cuerpo de Adán¹⁵⁰. Eva nace limpia de pecado, mientras que con el paso del tiempo se convierte en pecadora. María, por su parte, es hija de la concupiscencia, y preservada de la culpa mediante una gracia especial. Eva es pecadora, y María (que nada tiene que ver con el pecado, y que es *plena fide, plena gratia, mater futura et virgo permansura*) posee una función única en la *historia salutis*¹⁵¹. En opinión del tagastino —influido ampliamente por su maestro San Ambrosio— existen contrastes y antítesis entre Eva y Ma-

148 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 454.

149 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 221.

150 Cf. ser. 336,5 y también Io.ev.tr. 12,8.

151 Cf. Gn.litt. 10,18; c.Iul.imp. 6,22; nat. et gr. 36,47; ser. 290,6.

ría. Ahí están la muerte y la vida, la condenación y la salvación. También la caída y la derrota del hombre y de la mujer, que es la humanidad primera y el hombre viejo; frente a estas realidades aparecen la reparación y la victoria del hombre nuevo, cristalizadas icónicamente en el nuevo Adán (que es Cristo) y en la nueva Eva (que es María). En ellos está la humanidad nueva. Y es que, si el veneno y la muerte llegaron por una mujer, la medicina y la vida han llegado por otra¹⁵².

La desobediencia de Eva va a tener su contrapunto en la obediencia de María. María ejerce, de este modo, un influjo inequívoco en la redención y en la justificación del hombre (S. Folgado); estamos ante un influjo regenerador en la humanidad, pues es crucial su papel en nuestra incorporación a Cristo, cabeza de los miembros¹⁵³. Si por una mujer fuimos arrojados a la muerte, por una mujer se nos devolvió la salud¹⁵⁴. Si el hombre cayó por el sexo femenino, por el sexo femenino encontró su reparación¹⁵⁵.

Eva es despojada de su virginidad del corazón y de la carne por una seducción del tentador, y no por un acto corporal pecaminoso¹⁵⁶. La integridad de Eva fue pasajera, y con ella se inaugura la lucha entre la mujer (y su descendencia) y la serpiente¹⁵⁷. Estamos ante una integridad que queda borrada con una falta de correspondencia y con un acto de desobediencia formal¹⁵⁸. Aquí emergen la ruina, el pecado y la muerte. María viene a rehabilitar a toda la humanidad¹⁵⁹; alcanza la salvación para la ruina¹⁶⁰ y la vida para la muerte¹⁶¹, como apunta Rafael Palmero¹⁶².

152 Cf. TEODORO C. MADRID, *Mariología*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, p. 872.

153 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 428.

154 Cf. ser. 289,2.

155 Cf. ser. 232,2.

156 Cf. ser. 51,3.

157 Cf. ser. Denis 15,8. Dicha serpiente, con su astucia, va a ser vencida mediante la *gratia Christi* (cf. ser. 190,2).

158 Cf. ser. 51,3.

159 Cf. ser. 232,3.

160 Cf. ser. 289,2.

161 Cf. ser. 184,2.

162 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, pp. 222 y 223.

La comparación entre Eva y María nos impele a hablar sobre la función corredentora de la segunda (así parecen deducirlo A. Rivera, J. M. Canal, F. Sola, R. Palmero y S. Folgado). Antes de la caída, existía una semejanza entre las dos mujeres; después de la caída, Adán va a ser repensado desde el nuevo-Adán (el *Adán futuro*, que es Cristo), y Eva va a ser superada por la nueva-Eva (María). En cuanto al tema que nos ocupa, no sólo se vinculan agustinianamente Eva y María, sino que también ocurre esto entre María y la Iglesia. No sólo María es la nueva Eva, sino que también ocurre esto con la Iglesia: «*De su costado, traspasado por la lanza, brotó sangre y agua hasta llegar a la tierra. En ello, sin duda, hay que ver los sacramentos, que constituyen la Iglesia, semejante a Eva, que fue formada del costado de Adán, figura del Adán futuro, mientras él dormía*»¹⁶³.

Eva aparece como tipo de la Iglesia en el *Comentario al Evangelio de San Juan* escrito por el hiponense. Ya Y. Congar afirmaba que en los Padres el primer miembro de la analogía es Eva-Iglesia. En San Agustín, cuando comenta el cuarto evangelio, menciona a Eva 11 veces. De éstas sólo en un caso se refiere a María, y no como antitipo de Eva. Sólo usa la referencia a ésta para indicar en qué sentido la Biblia la llama «mujer», siendo aún virgen, en el Génesis; la palabra «mujer» aplicada a María no significa lingüísticamente la pérdida de la virginidad, sino su pertenencia al sexo femenino¹⁶⁴.

En dicho *Comentario* Eva se relaciona con la Iglesia. La primera se unió a Adán para procrear la humanidad pecadora, y recibió con Adán el mandato de Dios («*el hombre dejará a su padre, para unirse con su mujer, y serán dos en una carne*», según Gn 2,24). Así el Verbo se hizo carne «dejando» a su Padre, en cuanto se vació de la forma de la divinidad, para tomar la del siervo, y unirse así a la Iglesia por su carne¹⁶⁵. La Iglesia da a luz pueblos enteros, si bien todos son miembros de uno, de quien ella, María, es cuerpo y esposa¹⁶⁶.

163 Ser. 218,14.

164 Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 403, nota a pie nº 18.

165 Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 404.

166 Cf. ser. 192,2.

Un texto bellísimo, a este respecto, en el que Agustín juega con estos argumentos es el siguiente: «*Adán duerme para que nazca Eva; Cristo muere para que nazca la Iglesia. Eva nace del costado de Adán durmiente; la Iglesia [nace], del costado de Cristo muerto, traspasado para que de él brotasen los sacramentos*»¹⁶⁷. Más adelante apostillará que el nacimiento carnal proviene de Adán y Eva, mientras que existe otro nacimiento (desconocido por Nicodemo) que proviene de Dios y de la Iglesia por el Espíritu¹⁶⁸.

Dios ha dispuesto, según la visión del hiponate, que los dos sexos estuvieran uno al lado del otro en los momentos cumbres de la historia humana. Adán es el cooperador principal de nuestra caída, siendo él cabeza natural y moral de la humanidad; Cristo es el obrador principal e indiscutible de nuestra reparación. En ambas ocasiones, al lado de un sexo estaba también el otro. A la acción principal de los varones (Adán-Cristo) la acompaña la cooperación secundaria de las mujeres (Eva-María). Es así como Agustín establece los dos paralelismos. Si el sexo femenino ha perdido —en Eva— la dignidad perdida por la culpabilidad de la caída, gracias a la asociación mariana a la redención de Cristo, dicho sexo recupera su dignidad¹⁶⁹. Dios quería la renovación y la reparación de ambos sexos: por eso eligió la virilidad para nacer y la femineidad de donde nacer¹⁷⁰. Así ambos sexos son restaurados en dignidad. Uno y otro sexo han de reconocer su dignidad, ambos han de confesar su maldad, y ambos han de esperar la salvación¹⁷¹. El diablo tenía que ser vencido y castigado por los dos géneros —masculino y femenino—, porque se ufanaba, victorioso, de la ruina de los dos¹⁷².

167 Io.ev.tr. 9,10.

168 Cf. Io.ev.tr. 11,6.

169 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín: Religión y Cultura* 39 (1993) 427-428. De aquí tomamos buena parte de las ideas agustinianas de este apartado.

170 Cf. ser. 12,12.

171 Cf. ser. 51,3; ser. 184,2; ser. 190,2; ser. 232,2. Seguimos también aquí a Antonio F. Rivas (p. 428).

172 Cf. agon. 24. Ambos sexos son susceptibles de esperanza para la criatura humana. Cristo, varón, nace de mujer, y por eso no han de perder la esperanza las mujeres, aunque recuerden su primer pecado (por una mujer fue seducido el primer hombre). En Cristo hay esperanza para ellas. Cristo —además— dignifica la masculinidad: eligió el sexo viril, viniendo como varón. Mantengamos la esperanza también los hombres. Cristo no condena las criaturas por él creadas, sino más bien los pecados, no cometidos por él (cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín: Religión y Cultura* 39 [1993] 428). El Verbo asume la natu-

6. MARÍA Y CRISTO HOMBRE¹⁷³

La grandeza de María es su servicio a la carne de Cristo, y el valor de su misión estar totalmente dedicada a la obra salvífica de su Hijo. María —en Agustín— no aparece estática o pasiva. Proclama las grandezas del Señor y ofrece lo que tiene: su fe, que es su entrega total, su acogimiento de la gracia y su entrega al mundo. Su grandeza es la carne de su Hijo, sin la cual —sencillamente— no hay salvación¹⁷⁴.

En María, mujer perteneciente al linaje humano, se posibilita el intercambio, mediante el cual acontece la obra salvífica de Jesucristo. La «teología del intercambio» se trata ya en la época patrística prenicena; de hecho, Ireneo de Lyon ya la tiene en cuenta. Es una categoría muy adecuada para explicar la obra salvífica de Jesucristo: el Verbo se ha hecho carne, a fin de que nosotros participemos de la naturaleza divina. Es lo que los griegos denominan *theosis* o *theopoiesis*. Agustín afirmará que «para que naciósemos de Dios, el Hijo ha nacido primero de carne humana»¹⁷⁵. En el *Tractatus del Evangelio de San Juan*, aparece la idea al captar que el intercambio se realiza precisamente en base al nacimiento del Verbo en la carne de una mujer: «no buscó sino una madre en la tierra, pues ya tenía un Padre en el cielo: nacido de Dios por el cual hemos sido creados, para que, nacido de mujer, nos re-crease»¹⁷⁶. Podía haber escogido otra forma de venir a este mundo, ya que nada obsta a su

raleza humana en las entrañas de María y así vehicula la redención de los hombres. Acepta nacer de la Virgen María, para poder ofrecer el sacrificio por el cual el hombre es justificado: es el sacrificio de la cruz, el sacrificio de la pasión. Y es que si Cristo no hubiera asumido nuestra carne, no habría podido ni morir ni salvarnos. Nada puro había en el mundo para purificarlo. Cristo se ofreció a sí mismo en la carne pura que había tomado de María (cf. enar.psal. 84,13; enar.psal. 149,6. Citados en ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, «María Madre y Virgen en San Agustín. Su significado histórico-salvífico»: *Revista Agustiniana* 38 [1997] 525-526).

173 Cristo hombre, nacido de María virgen, está muy presente en el comentario agustiniano al Evangelio de San Juan (Io.ev.tr.). Agustín subraya en él la posibilidad del intercambio Dios-hombre, la humildad de Dios, la absoluta santidad de Cristo, y también su luz (Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: *Estudios Eclesiásticos* 61 [1986] 411-417).

174 Cf. Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: *Estudios Eclesiásticos* 61 [1986] 418.

175 Io.ev.tr. 2,15; Trin. 4,2,4; civ.Dei 21,15.

176 Io.ev.tr. 2,15.

omnipotente majestad¹⁷⁷. Cristo hombre, nacido de María Virgen, es también el médico que viene a sanarnos de la peor de las enfermedades: la soberbia¹⁷⁸.

Cristo hombre va a evidenciar en su carne la humildad de Dios. Pertenece en la carne al pueblo de Israel, que es un pueblo pequeño y pobre. Dicha pertenencia está garantizada por haber tomado carne en el seno de una virgen israelita. Al mismo tiempo, no ha dejado nunca de ser el señor de ese pueblo, de toda la humanidad, y de toda la tierra. Mediante esta identidad concreta se nos muestra como nuestra *salus*: «*es excelso el mismo que se ha hecho humilde para elevarnos a su excel-situd*»¹⁷⁹. El seno de María es el templo en que el Verbo asume la naturaleza humana para desposarse con la Iglesia como virgen casta (2 Cor 11,2)¹⁸⁰. Es, el seno de María, la estancia nupcial en que se unen el esposo y la esposa, el Verbo y la carne¹⁸¹. Cristo, hombre como nosotros, es impecable; dicha impecabilidad es indispensable para su obra redentora. Estamos ante la ausencia absoluta de todo pecado y de toda pecaminosidad. En la concepción virginal del Señor, *natus ex Maria virgine*, está el

177 Cf. ser. 51,3.

178 La raíz de todo pecado es la soberbia, dirá el magno africano (cf. Io.ev.tr. 25,15). El principio de toda soberbia es la apostasía de Dios. Si uno quiere ser sanado, lo que ha de hacer es reconocer y confesar su enfermedad. Entonces el médico vendrá a curarlo (cf. Io.ev.tr. 3,2,3). Nuestro médico (piedra desgajada de la montaña judía [cf. Io.ev.tr. 4,4.]) es él mismo humilde. Él es el mediador de la humildad, el que nos libra de nuestra soberbia, constituyéndose en su carne en humildad de Dios (cf. Io.ev.tr. 25,15ss.). Este médico va a traer una medicina para devolvemos la *salus* (salud-salvación) que el pecado nos había arrebatado. El *modus operandi* terapéutico que el Verbo va a manejar es la iluminación. El Verbo-Médico ilumina al hombre, pues en Él estaba la luz desde el principio; lo hace por la humanidad visible («*Dios nacido del Padre y hombre de la virgen*») que asumió en el seno virginal de María, su madre (cf. Io.ev.tr. 13,1.). En la teología agustiniana el Verbo, la Luz y la Verdad se identifican. El hombre tiene acceso a estas realidades mediante la carne crística asumida. Sólo tenemos acceso a Dios (Luz-Verdad) por la humanidad de Jesucristo (Verbo), la cual ha sido engendrada en el seno de la Virgen Madre. La carne de Cristo lo visibiliza; su divinidad lo oculta (cf. Io.ev.tr. 41,1. Comentado en CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 417).

179 Io.ev.tr. 21,7. De esto nos habla CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 414.

180 Cf. ser. 264,4.

181 Cf. ep.Io. 1,2.

signo claro de su absoluta santidad. Ha sido concebido virginalmente de María, lo cual es garantía de dos aspectos centrales de la cristología: 1º, la realidad de la condición divina de Jesús, que nace de un Padre celeste, y en el que la divinidad es la fuente de su santidad; y 2º, el nacimiento de María virgen garantiza que la carne de Jesús es humana, pero no concebida según la carne de pecado (conexa con la iniquidad y la mortalidad)¹⁸².

El hijo de María es hijo de hombre e Hijo de Dios. Dios le ha enviado, nacido de mujer (Gál 4,4). Nace de la madre que Él ha creado¹⁸³. Es Dios y hombre, sin que se confundan las naturalezas, y en la unidad de una sola persona. Comienza a ser hijo del hombre naciendo de la Virgen¹⁸⁴. Gracias a María hablamos de la humanidad verdadera del Hijo de Dios; ésta posibilita la salvación de los hombres, que tiene como puntos cimeros la encarnación, la resurrección, la ascensión y la glorificación. María es Madre de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre; Él ha querido tener una madre, y ha querido encarnarse de ella y en ella. En Cristo hombre existe la participación humana, gracias a la maternidad divina de santa María; a ella Agustín se refiere con diversas denominaciones, tales como Madre de Dios, Madre de Jesús, Madre del Creador, Madre del Hijo omnipotente, Madre del Hijo Altísimo¹⁸⁵...

María, además de ser madre en el espíritu, es madre en la carne. Agustín, frente a docetas y a maniqueos, insiste en que María es verdadera madre de Jesús. El Verbo, en ella, ha asumido una verdadera carne, y no sólo apariencia. Posee verdadera alma, verdadera carne, y tuvo un verdadero nacimiento, una verdadera pasión, una verdadera muerte y una verdadera resurrección¹⁸⁶. Cristo, hombre de carne y hueso, es descendiente

182 Cf. Io.ev.tr. 4,10. Condensamos ideas de CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan: Estudios Eclesiásticos* 61 [1986] 414.

183 Cf. ser. 186,3.

184 Cf. ser. 186,1.

185 Cf. Io.ev.tr. 8,9; ser. 186,1; ser. 187,4; ser. 188,4; ser. 51,18. Tomado de TEODORO C. MADRID, *Mariología: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, p. 855.

186 Cf. Io.ev.tr. 8,5. Citado en CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan: Estudios Eclesiásticos* 61 [1986] 407. Y, en la página siguiente, el autor nos muestra cómo Agustín defiende también la verdadera divinidad de Cristo frente a los arrianos y judíos.

de David; además tiene una vinculación con Aarón (a través de Isabel, pariente de María), de manera que se conecta con las estirpes regia y sacerdotal¹⁸⁷. El Verbo se hace carne para ser cabeza de la Iglesia, y para hacerse cabeza de la Iglesia toma carne y nace de la Virgen María¹⁸⁸. La carne de Cristo es tomada muy en serio en las obras de madurez del santo, y en concreto en *Io.ev.tr.*; esta carne crística es insustituible en el misterio de la redención. La carne de Cristo es la que ejerce un puesto central en la salvación de los hombres y —más en concreto— la encarnación y la crucifixión del Señor son realidades ciertamente insuperables.

El servicio humilde e insustituible de María posibilita la realización de estos procesos¹⁸⁹. María es madre y mujer, criatura y engendradora, hija y madre¹⁹⁰. Cristo nace del Espíritu Santo y de ella, que es mujer íntegra; por Cristo puede nacer íntegra, del Espíritu Santo, la Iglesia¹⁹¹. Del cuerpo de la virgen, Cristo no contrajo la herida, sino el remedio; no tomó lo que necesitaba curación, sino aquello con lo que curar¹⁹². Se trata, en verdad, de la naturaleza humana, que es pura y limpia, por el hecho de haber sido concebido Cristo sin la concupiscencia¹⁹³. Si nacemos de Adán, en virtud de la concupiscencia carnal, renacemos en virtud de la gracia de Cristo, segundo Adán. Al primero pertenecemos al nacer, al segundo al renacer¹⁹⁴.

7. MARÍA Y SAN JOSÉ¹⁹⁵

Tanto María como José quedan ubicados en la cristología de Agustín. Los dos están como en la sombra, en relación a la

187 Cf. div. quaest. 61,2; cons.Ev. 2,2,4. ser. 51,20,30.

188 Cf. enar. psal. 148,8.

189 Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 400.

190 Cf. CARLOS IGNACIO GONZÁLEZ, *María en el comentario de San Agustín al Evangelio de San Juan*: Estudios Eclesiásticos 61 [1986] 409.

191 Cf. ser. 215,4.

192 Cf. ser. 294,11.

193 Cf. ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, «*María Madre y Virgen en San Agustín. Su significado histórico-salvífico*»: Revista Agustiniiana 38 (1997) 512.

194 Cf. ep. 187,31.

195 Condensamos aquí muchas de las aportaciones de ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 440-442. Otros Padres de la Iglesia tratan sucintamente la figura de San José. Recomendamos leer: SIMEÓN TOMÁS FERNÁNDEZ, *San José en los Padres de la Iglesia. Panorama bibliográfico y conclusiones para*

luz del Hijo de Dios (el *Illuminator*, como lo denomina el tagastino). Al mismo tiempo, es verdad que San José aparece en las reflexiones mariológicas de San Agustín: no podía ser de otra manera, tratándose de dos figuras grandes, singulares e imprescindibles en la historia de la salvación. Algunos textos agustinianos josefinos aparecen en los *ser.* 51, 225 y 343, aunque ya veremos que hay otros lugares en los que trata sobre el esposo de María. Su doctrina josefina es cristológica y también mesiánica. Y es que la vida y la misión de San José se ordena indefectiblemente a la encarnación del Verbo, y también a su obra redentora.

Los acentos teológicos sí van variando, en dependencia directa con respecto a los temas. Predomina el cariz exegetico en la genealogía y en la filiación de San José en *De consensu evangelistarum*. Se subraya el tono polémico-doctrinal en *Contra Faustum manichaeum*, que se dirige apologeticamente frente a donatistas y maniqueos. El hiponate pone de relieve la vertebración teológica en las cuestiones fundamentales como el matrimonio virginal con María, la paternidad virginal con Jesús, y sus consecuencias en relación a María y a Jesús. Esto se revela como enlace directo con la familia de Dios, que es la Iglesia universal. San Agustín defiende a las claras tanto la paternidad de San José, como —ya lo hemos indicado— la virginidad perpetua de la Virgen María¹⁹⁶. José estuvo unido a María en la integridad del corazón¹⁹⁷.

Agustín reconoce que José es el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto a lo primero, hay que entender bien lo que aquí significa esposo y —también— lo que aquí significa padre. En cuanto a la identidad de esposo, lo es en verdad, pues estamos ante un matrimonio verdadero (el de María con José), y ante un matrimonio que no comporta la pérdida de la integri-

la elaboración de una teología josefina: *Teresianum*: Rivista della Pontificia Facoltà Teologica e del Pontificio Istituto di Spiritualità «Teresianum», Vol. 23/2 (1972) 436-448. Está disponible *on line* en el *link* siguiente: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-SanJoseEnLosPadresDeLaIglesiaPanoramaBibliografico-5363694.pdf> / Consulta: 15.10.2019. Pueden localizarse varios registros sobre San Agustín.

¹⁹⁶ Cf. nupt. et conc. 1,11.12.13; ser. 225,2. Todo lo anterior lo tomamos, casi al pie de la letra, de TEODORO C. MADRID, *Mariología*: JOSÉ OROZ RETA – JOSÉ ANTONIO GALINDO RODRIGO, *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, p. 858.

¹⁹⁷ Cf. c.Faust. 23,8.

dad. José no es el destructor de la virginidad, sino más bien el guardián del pudor. Y para decirlo mejor aún, no es guardián, sino testigo del pudor virginal, para que el embarazo de María no se atribuya a un adulterio¹⁹⁸.

En relación a lo segundo, es cierto que algunos de los que vivieron con él no lo entendieron bien. Lo consideraban padre de Jesús como los demás padres engendran en la carne y reciben hijos por un cauce diferente al exclusivo afecto espiritual. Esto era equivocado, como bien indica el hijo de Santa Mónica. Si entre María y José hay un verdadero matrimonio, hay que preguntarse por qué no iba a recibir el marido, sin perder la integridad, lo que había recibido del mismo modo su esposa. La esposa no perdió la integridad, ya lo hemos indicado; entonces, tampoco la perdió el marido.

María es madre e íntegra, y José es padre e íntegro también¹⁹⁹. José es padre de Jesús en el seno de la sagrada familia. Su paternidad está vinculada a su *auctoritas* paterna. Él es, en efecto, el que ha de ponerle con María el nombre al niño. María es muy humilde y Agustín es consciente de esto; queda evidenciado cuando encuentran al niño perdido en el templo y hablando con los doctores. Agustín capta muy bien la humilde intervención de María: «*Ni siquiera se antepuso al marido en el modo de hablar. No dice «yo y tu padre», sino «Tu padre y yo». No tuvo en cuenta la dignidad de su sexo, sino la jerarquía conyugal*»²⁰⁰.

José colabora inigualablemente en la historia de la salvación y en la educación de un niño que va a ser el único salvador del mundo. Es testigo y guardián de la virginidad de la madre. Sintetiza en su persona la integridad, la virginidad y la fecundidad²⁰¹. Es padre al tiempo que conserva la castidad; he aquí el porqué de su paternidad auténtica. Es una paternidad más auténtica porque es más casta. Realiza en el corazón lo que otros desean realizar en la carne. Esto no impide llamarlo padre, sino que más bien —por el contrario— invita a considerarlo más padre que a ninguno²⁰². La piedad y la caridad están definiendo

198 Cf. ser. 51,26; ser. 225,2; ser. 51,9; ser. 343,3.

199 Cf. ser. 51,30; ser. 51,26.

200 Ser. 51,18.

201 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 441-442.

202 Cf. ser. 51,30; ser. 51,26. Esta misma argumentación se esgrime al hablar de la madre de Jesús, que fue «*madre virgen*» y por ello «*más ma-*

la paternidad de San José, y es que estamos ante un padre que es padre por amor. A su piedad y a su caridad le nace de María un hijo que es —al mismo tiempo— Dios. No estamos ante un amor carnal, sino ante otro tipo de amor.

En José estamos ante un amor sublime, atado al perdón y a la misericordia. La santidad de José es sincera, y el deseo de tener a María consigo no es el motivo por el que quiere perdonarla. Muchos hombres, por amor carnal, perdonan a sus esposas adúlteras. Desean retenerlas, aún sabiendo que son adúlteras, para dar satisfacción a la concupiscencia carnal. José es esposo y es justo al mismo tiempo. Su amor no es carnal. No quiere castigarla. Su perdón procede de la misericordia²⁰³. En verdad, José aparece en Agustín como el hombre del perdón. El Espíritu Santo es quien lo asiste para que pueda clarificarse internamente, y para que reconozca la virginidad de María²⁰⁴.

José se contagia de la fe y de la fidelidad marianas a la palabra del Señor. José, a la vez que es esposo, es padre del Salvador. Es marido casto y casto padre²⁰⁵. Gracias a la piedad y a la caridad de José nace de María Virgen un Hijo, y éste es Hijo de Dios²⁰⁶. María, virgen desde su concepción, es entregada a José, su esposo, para que éste sea el custodio fiel de sus prerrogativas insignes²⁰⁷; evidentemente, aquí la esposa no es entregada al esposo para dejar de ser virgen, como ocurre con el resto de los mortales.

8. CONCLUSIONES. EL LEGADO MARIOLÓGICO DE SAN AGUSTÍN²⁰⁸

1°. La mariología de San Agustín es *una mariología centrada cristológicamente*, destacando perfectamente la divinidad

dre». Le ofreció la fecundidad sin quitarle la integridad. Y es que no aparece el defecto del *concupire*, que está normalmente adjunto a la concepción carnal (cf. ser. 72/A,3).

203 Cf. ser. 51,30; ser. 51,9.

204 Cf. ser. 51,9; ser. 51,30; ser. 82,19; ser. 343,3.

205 Cf. ser. 51,26.

206 Cf. ser. 51,30.

207 Cf. RAFAEL PALMERO RAMOS, «*Ecclesia mater*» en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970, p. 239. Basado en el ser. 188,4.

208 Resumimos algunas propuestas de ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 446-456.

y la humanidad de Cristo (por un lado), y también la maternidad divina y la virginidad perpetua de María (por el otro)²⁰⁹. Ya sabemos que San Agustín no da a luz ningún escrito dedicado específicamente a la mariología. Es verdad que la suya no es una mariología completa, pues están ausentes temas como la realeza de María o el dogma de la Asunción (de la que sí habla, por ejemplo, San Ambrosio)²¹⁰.

2°. No obstante, *sus intuiciones y genialidades mariológicas* llegaron a hombres grandes de la historia de la teología y la espiritualidad. Ahí está, por ejemplo, el influjo del gran africano en el mismo San Bernardo, por medio de Ambrosio de Aupert. No pocos mariólogos consideraron la doctrina inmaculista como dogma de fe desde que San Agustín eximiera a María de la mancha de todo pecado, *prorsus ob omni peccato*, y *propter honorem Domini*. Egidio Romano, Tomás de Estrasburgo, Agustín de Ancona, Simón de Casia, Gregorio de Rímini, Alfonso Vargas de Toledo, Jordán de Sajonia, Tomás de Villanueva, Alonso de Orozco, Fray Luis de León o Bartolomé de los Ríos son sólo algunos nombres que, pertenecientes al carisma agustiniano, nutrieron su devoción mariana con los influjos del hiponense.

3°. Las obras de Agustín fueron analizadas minuciosamente, no siempre desde la misma perspectiva, *en los trabajos preparatorios de la bula Ineffabilis Deus*²¹¹. El silencio de Agustín con respecto al dogma de la Asunción de María hace que no aparezca citado en *Munificentissimus Deus* de Pío XII. Sí se tiene cuenta a Agustín *en la constitución dogmática Lumen Gentium*, hablando de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el Misterio de Cristo y de la Iglesia. No de forma explícita se capta el perfume agustiniano cuando LG alude a María como Virgen y Madre, tipo de la Iglesia, y con una integridad virginal consagrada por su Hijo primogénito²¹². María, como aparece en LG 64, «*es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginal-*

209 Como signo fehaciente de lo anterior tenemos el ser. 291,4-6.

210 Cf. ANTONIO F. RIVAS GONZÁLEZ, *La mariología en los Sermones de San Agustín*: Religión y Cultura 39 (1993) 452.

211 Aquí citamos los textos más tenidos en cuenta, que son los ser. 293,12 y 69,4.

212 Cf. LG 63, 57 y 56.

mente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera»²¹³.

4°. En cuanto al tema famoso —y a veces polémico (para algunos)— de **la corredención de María**, es muy citado un texto agustiniano favorable en cuanto a la defensa colaboracionista; apunta que María (...) «es verdadera madre de los miembros (de Cristo)..., por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella cabeza»²¹⁴. Obviamente, el icono que está detrás de esta aseveración, es la crística imagen del *Christus Totus*.

5°. **En la encíclica *Redemptoris mater***, el papa santo, magno y polaco acude al hiponense al defender que Cristo es Verdad y que Cristo es carne: Cristo es Verdad en la mente de María y Cristo es carne en el seno de María²¹⁵. Agustín también inspira el tipo de culto que la Iglesia ha de tributar a María, indicando el vínculo existente entre las dos²¹⁶: la Iglesia, imitando a la Madre de su Señor, dado que en el cuerpo no pudo ser virgen y madre a la vez, lo es en la mente²¹⁷. Después, **en la carta apostólica *Mulieris dignitatem***, del año 1988, defiende con Agustín la igualdad de dignidad entre el hombre y la mujer, afirmando que Cristo nació de María para que se reconociese la dignidad de ambos sexos: naciendo como varón eligió el sexo viril, y naciendo de mujer consoló el sexo femenino²¹⁸.

6°. San Agustín influye en otros al captar en María **su gran singularidad²¹⁹, su santidad excelsa, la gloria y la excelencia de su virginidad, y su excelencia única por su divina mater-**

213 Texto tomado de Io.ev.tr. 13,12.

214 Virg. 6,6. Será citado por San Pablo VI en *Christi Matri*, y por San Juan Pablo II en *Augustinum Hiponensem* y en *Redemptoris Mater*. San Pablo VI vuelve a emplear el pensamiento agustiniano en *Signum Magnum* (alude a que María fue más dichosa en recibir la fe en Cristo que en concebir la carne de Cristo, hospedando a Cristo en el corazón y en el seno), y en la *Marialis cultus* (la Virgen María concibió creyendo al Jesús que dio a luz creyendo). En cuanto a San Juan Pablo II, las citas agustinianas presentes en *Redemptoris mater* han sido registradas por PEDRO LANGA, *San Agustín y el hombre de hoy*, Ed. Religión y Cultura, Madrid 1988, pp. 213-223.

215 Cf. ser. 25,7.

216 Cf. ser. 215,4; virg. 2,2; 5,5; 6,6; ser. 191,3.

217 Cf. ser. 191.

218 Cf. ser. 51,3.

219 Ahí están sus funciones inigualables, su perfil teologal que la define como «llena de gracia», y otros rasgos marianos verdaderamente únicos. Recomendamos ampliar estas consideraciones en GEOFFREY D. DUNN,

nidad. Tiene una capacidad de gracia única. María está exenta de culpa personal, y tiene tal llenez de gracia que pudiera vencer el pecado «*omni ex parte*». Todo esto porque así lo pedía el honor de Jesucristo. Esto queda refrendado en la misma predestinación de la Virgen y en el decreto de la encarnación del Verbo. Al mismo tiempo se plasma en su significación y oficios dentro de la Iglesia, de la cual es miembro especialísimo: *sanc-tum membrum, excellens membrum, supereminens membrum*²²⁰. Agustín, por lo demás, reconoce la trascendencia de María entre los santos miembros del Cristo Místico²²¹.

7°. En el asunto de la mariología agustiniana siempre se puede seguir profundizando²²². Y si el águila de Hipona escri-

The functions of Mary in the Christmas homilies of Augustine of Hippo: Studia patristica (2010) 433-446; PAULINE ALLEN, *Full of grace or a credal community?: John 2:1-11 and Augustine's view of Mary*, Ed. St. Paul's Publication: Centre for Early Christian Studies, Strathfield, NSW, Banyo 2007; PAULINE ALLEN, *The International Mariology Project: a case-study of Augustine's letters*, *Vigiliae christianae* 60 (2006) 209-230; PAUL E. DUGGAN, *The Virgin and St Augustine*: *The Priest* 59/2 (2003) 39-41.

220 Ser. Denis MAI 1.

221 Cf. ACADEMIA DE DOCTORES DE MADRID, *El culto a la Virgen en la doctrina de San Agustín (Discurso leído en el acto de recepción por el Ilmo. Dr. Rmo. P. Narciso García Garcés. 13 de diciembre de 1967)*, Ed. Héroes, Madrid 1967, pp. 21-32.

222 Entre los estudios más representativos, y en listado alfabético por apellidos, recomendamos: CANAL, JOSÉ MARÍA, «*María, nueva Eva en Justino, Ireneo, Tertuliano y Agustín*»: *Ephemerides Mariologicae* 46 (1996) 41-59; CAPÁNAGA, VICTORINO, *La Virgen María, según San Agustín*, Ed. Acta ORSA, Roma 1956; CAPÁNAGA, VICTORINO, *La Virgen María según San Agustín*, Ed. Scuola Tipográfica Domenicana, Roma 1956 [reimpreso en *Acta Ordinis Recollectorum Sancti Augustini* 4 (1956) 54-91; también salió publicado en *Augustinus* 37 (1992) 5-43; CAPÁNAGA, VICTORINO, *La Virgen María, según San Agustín*: *Augustinus* 37 (1992) 5-43; CAPÁNAGA, VICTORINO, *Páginas marianas. Antología mariana de escritores agustinos. La Virgen María y la Iglesia*: *Augustinus* 29 (1984) 259-510; CAPÁNAGA, VICTORINO, *Mariología popular agustiniana*: La madre 1 (1928) 229-230, 260-261, 288-289, 316-318, 346-347; 2 (1928-1929) 12-13, 64-66; 3 (1929-1930) 14-15, 21-22, 72-73, 172-173, 203-204, 235-236, 267-269; DOMÍNGUEZ BARRERO, FÉLIX, *Ideología mariana de San Agustín*, Ed. Pontificia Universidad Católica Javeriana, Bogotá 1945; DOYLE, DANIEL E., «*María, Madre de Dios*»: ALLAN D. FITZGERALD, *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 850-856; FERNÁNDEZ, DOMICIANO, *La espiritualidad mariana de los Santos Padres*: *Ephemerides Mariologicae* 29 (1979) 395-416; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *La conformación de María, Virgen y Madre, por el Espíritu Santo según San Agustín*: *Scripta de María* 6 (1983) 39-55; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *La virginidad fecunda como presupuesto mariológico en San Agustín*: *Scripta de María* 4 (1981) 23-47; FOLGADO

FLÓREZ, SEGUNDO, *Espiritualidad mariana de San Agustín*: Estudios Marianos 36 (1972) 125-151; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *El signo de la espiritualidad mariana en San Agustín*: Scripta de María 5 (1982) 286-315; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *San Agustín y su eclesiología mariana*: La Ciudad de Dios 176 (1963) 444-463; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *María Virgen y Madre de Cristo, tipo de la Iglesia según San Agustín*: Scripta de María 3 (1980) 87-121; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *El binomio María-Iglesia en la Tradición patristica del s. IV-V [San Ambrosio-San Agustín]*, en *María e la Chiesa oggi. Atti del 5° Simposio Mariologico Internazionale. (Roma, ottobre 1984)*, Roma 1985, 91-142; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *La Virgen María en el esquema agustiniano de la mediación*: Scripta de María 2 (1979) 59-96; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *Función salvífica de la Virgen en la predicación de San Agustín (Sermo Denis 25)*: Ephemerides Mariologicae 30 (1980) 167-197; FOLGADO FLÓREZ, SEGUNDO, *Espiritualidad y culto mariano en la Orden de San Agustín (ss. XII-XV)*: AA. VV., *De culto Mariano saeculis XII-XV. Acta Congressus mariologici-mariani internationalis Romae anno 1975 celebrati (Vol. III)*, Roma 1979, pp. 409-415; GARCÍA GARCÉS, NARCISO, *El culto a la Virgen en la doctrina de San Agustín. Discurso leído en el acto de recepción por el Ilmo. Sr. D. Narciso García Garcés y contestación del Ilmo. Sr. León del Amo Pachón, el 13 de diciembre de 1967*, Ed. Academia de Doctores de Madrid / Imp. Héroes, Madrid 1967; GARCÍA GARCÉS, NARCISO, *Fundamento de la devoción a la Virgen en San Agustín*: AA. VV., *De Primordiis cultus mariani. Acta congressus mariologici-mariani in Lusitania anno 1967 celebrati (Vol. III)*, Ed. Pontificia Academia Mariana Internationalis, Roma 1970, pp. 63-98; GONZÁLEZ, MIGUEL, *María, madre del 'Totus Christus', según San Agustín*: Cor Unum 24/3 (1955) 37-42; GUTIÉRREZ, GILBERTO, *Doctrina mariana de San Agustín*: Vergel Agustiniano 1 (1928) 21-23, 57-59, 101-104; 2 (1929) 150-154, 209-212, 242-247; JÁÑEZ BARRIO, TARSICIO, *María y la Iglesia según el pensamiento agustiniano*: Revista Agustiniana de Espiritualidad 3 (1962) 22-47; LEONET, JUAN MARÍA, *María Virgo Perpetua según San Agustín*: Revista Agustiniana de Espiritualidad 8 (1967) 256-274; LIÉBANA GONZÁLEZ, EMILIO, *María en las almas según San Agustín*: Hipona (1954) 25-28; MADRID, TEODORO C., *Mariología agustiniana: Madre de la recolección. Año mariano agustiniano recoleto (2001-2002) / (Col. Publicaciones del Instituto Historicum Augustinianorum Recollectorum. Serie 2. Studia)*, Ed. Augustinus, Madrid 2002, pp. 43-66; MADRID, TEODORO C., *Mariología*: GALINDO RODRIGO, JOSÉ ANTONIO, (DIR.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy / Vol. II. Teología dogmática*, Ed. EDICEP, Valencia 2005, pp. 837-874 y textos en pp. 875-896; ALEJANDRO MARTÍNEZ SIERRA, «*María Madre y Virgen en San Agustín. Su significado histórico-salvífico*»: Revista Agustiniana 38 (1997) 503-527; MENÉNDEZ VALLINAS, MOISÉS, *El culto litúrgico de la Virgen en la Orden de San Agustín*: Archivo Agustiniano 58 (1964) 5-52, 205-245, 329-374; MENÉNDEZ VALLINAS, MOISÉS, *El culto litúrgico de la Virgen en la Orden de San Agustín*, Ed. Archivo Agustiniano, Valladolid 1964; MORÁN FERNÁNDEZ, JOSÉ, *¿Puede hablarse de culto a María en San Agustín?*: Augustinianum 7 (1967) 514-521 - reimpresso en *De Primordiis cultus mariani. Acta congressus mariologici-mariani in Lusitania anno 1967 celebrati (Vol. III). De fundamento cultus B. V. Mariae in operibus Sanctorum Patrum et Scriptorum ecclesiasticorum (post saec. II)*, Ed. Pontificia Academia Mariana Internationalis, Roma 1970, pp. 37-47; PONS, GUILLERMO, *San Agustín: Textos marianos de los primeros siglos. Antología patristica*. Ed. Ciu-

bió mucho sobre la Virgen María, lo mismo han hecho *sus hijos espirituales; también los españoles*²²³, en los que el tagastino imprime su inconfundible sello mariológico.

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

Real Monasterio del Escorial (Madrid)
sancheztapia2002@gmail.com

dad Nueva, Madrid 1994, pp. 118-129; RÍO, CARLOS DEL, *La Mariología en las obras de San Agustín. Absoluta pureza de María en la doctrina agustiniana*: Contribución española a una Misionología Agustiniana. VII Semana de orientación misionera celebrada en Burgos, del 8 al 14 de agosto de 1954, Ed. Secretariado de Semanas Misionológicas / Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, Burgos 1955, pp. 182-190; RIVERA, ALFONSO, *La tradición patristica en la «Marialis cultus»*: Ephemerides Mariologicae 28 (1978) 239-251; RIVERA, ALONSO, *María, madre de los miembros del Cuerpo místico en la tradición patristica*: AA. VV., *María et Ecclesia. Acta Congressus Mariologici-Mariani in civitate Lourdes anno MCMLVIII celebrati (Tomus VI): Maria Mater Ecclesiae eiusque influxus in Corpus Christi mysticum quod est Ecclesia*, Ed. Academia Mariana Internationalis - Estudios Marianos, Roma - Madrid 1959, pp. 43-73 ; 64-73; RODRIGO, ROMUALDO, *María, madre de la Iglesia según San Agustín*: Augustinus 16 (1971) 287-313; SOLÁ, FRANCISCO DE P., *La realeza de María en los Padres occidentales*: Estudios Marianos 17 (1956) 59-73; SOLANO, JESÚS, *María y la Iglesia en los Padres Occidentales*: Estudios Marianos 18 (1957) 187-206; TERÁN, HELIZANDRO EMIRO, *María tipo de la Iglesia en el pensamiento de San Agustín de Hipona*, Ed. Pontificia Universidad Gregoriana, Roma 2005; y finalmente YANES, M. M., *La virginidad de María según San Agustín*: Amor Pondus (1965) 19-34. El listado completo, con ligeros cambios, está alojado en <http://isa.agustinians.net/attachments/article/167/Bibliograf%C3%ADa+Espiritualidad+Agustiniana.doc> / Consulta: 17.10.2019.

223 Junto a las referencias ya aducidas en este trabajo, otro botón de muestra lo hallamos en RAFAEL LAZCANO, *Agustinos españoles escritores de María*, Ed. Revista Agustiniana, Guadarrama/Madrid 2005. He aquí un amplio elenco bio-bibliográfico de mariólogos agustinos españoles, que integra nada menos que 90 autores agustinos, unos más insignes y otros no tanto. La selección no está nada mal.

